

Unidad y Carismas

Vino renovado en odres renovados

Reestructuración o renovación

C. Donegana, p.i.m.e.

Nuevas perspectivas de la reestructuración

M. Pradovera, f.m.h.

La vida consagrada en la Iglesia de hoy

José Rovira, c.m.f.

El «Castillo exterior».

Génesis y contexto histórico

Ángel Carreras

Charis,

sociedad de consultoría para carismas

Luigino Bruni

N.º 78/2011

Abril - Junio


Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Director: José Damián Gaitán, o.c.d. **Composición:** José Luis Belver, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición alemana

«Charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgrabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

VINO RENOVADO EN ODRES RENOVADOS

Editorial

Reestructuración o renovación *C. Donegana, p.i.m.e.* 2

Perspectivas

Nuevas perspectivas de la reestructuración *M. Pradovera, f.m.h.* 5

La vida consagrada en la Iglesia de hoy *José Rovira, c.m.f.* 13

El «Castillo exterior». Génesis y contexto histórico *Ángel Carreras* 19

Testigos

Benedetto Calati:

Hombre de Dios, amigo de los hombres *Gracia Paris* 26

Experiencias

Un movimiento eclesial
ante los desafíos actuales *Darci Rodrigues* 31

Comunión y misión en Mongolia *Paco López, i.m.c.* 34

Nuevos horizontes

Charis, sociedad de consultoría para carismas *Luigino Bruni* 38

Reestructuración o renovación

LA vida religiosa siempre ha surgido grácil bajo el impulso del carisma, contando con pocas y pobres estructuras. Ahora, sin embargo, en muchos casos se nota que el idealismo inicial ha venido a menos, y que las estructuras se convierten en un peso no siempre fácil de sobrellevar. No resulta difícil imaginar lo que diría o haría Francisco de Asís viendo algunos conventos franciscanos; o los fundadores de escuelas para pobres al ver los ingentes colegios dirigidos por sus hijos espirituales, en los que, en la práctica, se educa más bien a jóvenes con un cierto nivel económico, sobre todo en países de occidente.

En nuestro tiempo, sin embargo, el problema mayor no consiste sólo en lo que respecta a la fidelidad a los orígenes, con ser esto obviamente un aspecto fundamental, sino sobre todo en cómo las órdenes, las congregaciones y los institutos religiosos han de afrontar hoy la gestión de estructuras que no son capaces de llevar adelante a causa de la disminución de las vocaciones, con el consiguiente envejecimiento y disminución global del número de religiosos disponibles para determinadas tareas.

Este es uno de los problemas que más preocupa a las familias religiosas con siglos de historia, que a lo largo de los años se han ido dotando de estructuras, a veces necesarias para expresar la vitalidad del carisma, pero que en algunos casos también han ido asumiendo estructuras superfluas, fruto de donaciones o de visiones de futuro poco lúcidas. Basta pensar, por ejemplo, en los grandes seminarios construidos en el post-Concilio y ahora, por desgracia, vacíos. Varios de ellos ya se han vendido y se han transformado en hoteles, en residencias, o, incluso, en cuarteles.

Son diversos los aspectos que aquí están en juego, y no me siento en grado de poder ofrecer una solución adecuada desde un punto de vista técnico. Siendo sinceros, en este momento nadie tiene en el bolsillo la solución adecuada, aunque se hacen algunas propuestas de solución más o menos convincentes. Lo que queremos intentar en este número de *Unidad y Carismas* es aportar algo de luz a esta problemática, ofreciendo algunas reflexiones y experiencias inspiradas en el carisma de la unidad. Propuestas de carácter general, que pueden ser aplicadas en situaciones diversas y dar origen a soluciones diferentes.

Al hablar de toda esta problemática, hoy día se recurre con frecuencia al término “crisis”: crisis de la vida religiosa, de las vocaciones, de los carismas, crisis estructural, económica... Pero

¿Estamos ante una verdadera crisis? Y, en cualquier caso, ¿en qué tipo de crisis? ¿Es sólo negativa? “Crisis” es una palabra que está de moda, y las modas son peligrosas, porque no ayudan a captar la realidad en toda su profundidad y complejidad, y llevan a generalizar y a confundir. Se nos llena la boca, pero corremos el riesgo de estar ciegos y sordos.

Al primero que hay que escuchar es al Espíritu Santo, que es lo que han hecho siempre los fundadores y las fundadoras, que han sabido captar su voz a través de las circunstancias y las “crisis” de su tiempo: juventud abandonada, enfermos, esclavos, clero y vida cristiana en decadencia... Para ellos las “crisis” han sido “palabra de Dios” en el Espíritu, desafíos para la fe y la caridad. No causa de lamentos, sino impulso para la acción.

¿Cómo afrontan hoy religiosos y religiosas sus crisis, en particular la de las estructuras? ¿Las viven como objeto de lamento sin esperanza, o más bien dejándose iluminar por la creatividad de la inteligencia, del corazón y del espíritu? Nosotros creemos que la “crisis” de las estructuras es una invitación del Espíritu a la esencialidad y a la pobreza, a la purificación de los carismas de ciertas adherencias históricas que han ido oscureciendo su transparencia. Hagámonos, por ejemplo, la siguiente pregunta: ¿históricamente fué más negativo para la vida religiosa la confiscación de sus bienes por parte de los gobiernos liberal-masónicos en el siglo XIX o la estrecha vinculación entre la Iglesia y la Corona en la época colonial, con tantos beneficios materiales y privilegios?

El gran pensador Antonio Rosmini exponía con lenguaje simbólico, pero no menos claro, su pensamiento al respecto: «*Cuando la Iglesia se enriquece con los despojos de Egipto, cuando se convierte en el árbitro de la vida humana, entonces ella misma se hace impotente: es como David, revestido con la armadura de Saul; entonces es el tiempo de su decadencia*» (texto parcialmente adaptado al lenguaje moderno, *n.d.r.*).

Antes de afrontar el problema técnico de la reestructuración, sería bueno leer de nuevo qué pensaban (y cómo se comportaban) los fundadores y fundadoras sobre la pobreza y la vida común. Por otra parte, si Jesús hablaba de poner vino nuevo en odres nuevos, esto nos tendría que llevar a poner vino “renovado” en odres “renovados”, para evitar el error de preocuparnos más de las estructuras que del el espíritu (el carisma).

De la pobreza ya he hablado antes. Ahora quisiera decir una palabra sobre la vida común, algo que me parece de suma importancia, porque las estructuras están ante todo al servicio de las comunidades, como lugar de acogida y expresión de la vida. Algunos conventos parecen museos de mal gusto, que acogen un tanto desordenadamente la herencia de las generaciones que pasaron por ellos, dejando un pequeño espacio para los que ahora viven en condiciones un tanto precarias. Pero es la comunidad la que tiene que hacer la casa, no la casa imponerse a la comunidad. Reestructurar supone transformar las casas en lugares acogedores para quienes viven en ellas y para quien llama para entrar: para quienes habitan, porque han de vivir en la recíproca acogida en la caridad; para quien pide entrar, porque así encuentra una puerta abierta y personas disponibles en un clima de acogida. ¿No nos advierte Jesús que no seamos sal sosa y luz escondida, y, por consiguiente, inútiles?

Pero la vida común puede significar también ampliar los propios horizontes. Una estructura que no sirve ya a una congregación, ¿no puede quizá ser útil para otra, quizá una nueva fundación, llena de entusiasmo, pero con una economía bastante precaria? ¿O no se pueden unir dos

familias religiosas, que, yendo cada una por su lado, no lograrían ir adelante y se verían sin futuro? El Pime (Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras) es fruto de la unión de dos institutos misioneros –uno de Milán y otro de Roma– que promovió Pío XI en el 1926. Entonces esto se hizo por mandato del Papa, ahora podría ser fruto de la comunión entre diferentes institutos religiosos. O también, una o más congregaciones podrían poner en común sus estructuras formativas, financieras..., como ya está sucediendo.

La “crisis” puede revelarse verdaderamente como una ocasión valiosa para la renovación de la vida religiosa, lo mismo que las noches de los místicos son antesala de la iluminación. Lo importante es ver las cosas como Dios las ve.

Costanzo Donegana, p.i.m.e.

DIFICULTADES Y PERSPECTIVAS

«En algunas regiones del mundo, los cambios sociales y la disminución del número de vocaciones están haciendo mella en la vida consagrada. Las obras apostólicas de muchos Institutos y su misma presencia en ciertas Iglesias locales están en peligro. Como ya ha ocurrido otras veces en la historia, hay Institutos que corren incluso el riesgo de desaparecer. La Iglesia universal les está sumamente agradecida por la gran contribución que han dado a su edificación con el testimonio y el servicio. La preocupación de hoy no anula sus méritos ni los frutos que han madurado gracias a sus esfuerzos.

En otros Institutos se plantea más bien el problema de la reorganización de sus obras. Esta tarea, nada fácil y no pocas veces dolorosa, requiere estudio y discernimiento a la luz de algunos criterios. Es preciso, por ejemplo, salvaguardar el sentido del propio carisma, promover la vida fraterna, estar atentos a las necesidades de la Iglesia tanto universal como particular, ocuparse de aquello que el mundo descuida, responder generosamente y con audacia, aunque sea con intervenciones obligadamente exiguas, a las nuevas pobreza, sobre todo en los lugares más abandonados.

Las dificultades provenientes de la disminución de personal y de iniciativas, no deben en modo alguno hacer perder la confianza en la fuerza evangélica de la vida consagrada, la cual será siempre actual y operante en la Iglesia... Por eso es necesario distinguir entre las vicisitudes históricas de un determinado Instituto o de una forma de vida consagrada, y la misión eclesial de la vida consagrada como tal. Las primeras pueden cambiar con el mudar de las situaciones, la segunda no puede faltar» (VC 63).

«... Los interrogantes que se ponen religiosos y religiosas respecto a las grandes obras a las que hasta el momento se han dedicado en la línea de los respectivos carismas: hospitales, colegios, escuelas, casas de acogida y de retiro. En algunas partes del mundo se las piden con urgencia, en otras son difíciles de regentar. Para encontrar caminos viables se necesita creatividad, cautela, diálogo entre los miembros del Instituto, entre los Institutos con obras semejantes...» (CdC 19).

Nuevas perspectivas de la reestructuración

M. Pradovera, f.m.h.

Reestructurar, revitalizar, colaborar, ponerse en red. La vida consagrada busca nuevos caminos para salir de la crisis. Una reflexión madurada por la experiencia de las Hijas de María Santísima del Huerto.

SIN querer entrar en la importancia que pueda darse a las apreciaciones o juicios, deseo partir de lo que hoy está viviendo la vida consagrada, al menos en Europa. Me parece poder decir que estamos a caballo entre el otoño y el invierno por los motivos que todos conocemos: notable disminución de vocaciones, envejecimiento progresivo e imparable de los consagrados, excesivo activismo, poca incidencia, pérdida de la esperanza, debilitamiento de lo trascendente, etc. Podríamos seguir en los enunciados, analizados por muchos expertos, interpretados en todas las claves posibles e inimaginables, escritos en todas las lenguas y objeto de numerosas hipótesis para resolver la crisis, porque de crisis se trata, aunque hay que situarla en un contexto más amplio.

Sabemos todos que nuestro futuro, el futuro de la humanidad, tiene un nombre que es el de Cristo y un rostro que es el de nuestros hermanos en los cuales se revela Cristo,

porque «*la contemplación del rostro del Señor suscita en los discípulos también la ‘contemplación’ del rostro de los hombres y las mujeres de hoy, pues el Señor se identifica ‘con sus hermanos más pequeños’ (cf. Mt 25, 40-45)*»¹. Sobre esta certeza debemos fundar y volver a fundar nuestra vida, nuestra vocación y nuestra misión. Porque, «*a través de este testimonio multiforme, debe brotar sobre todo el gran ‘sí’ que en Jesucristo dijo Dios al hombre y a su vida, al amor humano, a nuestra libertad y a nuestra inteligencia*»².

Salvar lo esencial

Antes de adentrarme en el tema, quisiera compartir una historieta: «*Un párroco preparaba con meticuloso cuidado las manifestaciones externas de su parroquia. Sobre todo la solemne procesión del Corpus. Quería que la fiesta fuese un verdadero acontecimiento para el pueblo. Tres meses antes de la fecha, reunía a un comité especial y organizaba los grupos de trabajo. El*

día de la fiesta todo el pueblo era movilizad. A las diez y media en punto, la procesión comenzó a desfilar. Los monaguillos con los ciriales, los pajecillos con sus vestimentas de colores, las niñas con el vestido blanco que esparcían pétalos de rosas, los jovencitos del club deportivo con el chándal amarillo y azul, los hombres y las mujeres de las cofradías con los estandartes de colores de los que pendían cintas azules, amarillas y rojas; después la Acción Católica, los chicos del Oratorio, la gente, el desfile de los monaguillos y la banda de música del pueblo. ¡Una procesión magnífica!

Cuando la banda entonó la pieza más solemne, cruzó lentamente el portal de la iglesia el palio de brocado dorado, sostenido por cuatro apuestos jóvenes y escoltado con plumeros rojos y blancos. Bajo el palio, revestido con la capa pluvial más preciosa, aparecía el párroco, el cual sostenía la pesada custodia de oro esmaltado de piedras preciosas. De pronto el vice párroco, que acompañaba a los monaguillos, se acercó alarmando al párroco y le susurró: '¡Señor párroco, en la custodia no va la hostia!'. El párroco contestó molesto: 'Son muchas las cosas de las que me tengo que preocupar. ¡No puedo ocuparme también de los detalles!'».

Al leer esta historia me ha sido espontáneo pensar en la realidad de la vida consagrada de hoy y me he preguntado si, en el proceso de reestructuración actual, no importa si elegido o soportado, tratamos de salvar lo esencial o lo accesorio. Es una pregunta que siempre me he hecho, sobre todo durante los años en los que se me encomendó el gobierno de una provincia de mi familia religiosa. El riesgo que veo en esta urgencia de reestructuración, de cierre de obras y servicios, de unificación de provincias, es precisamente el de hacer el esfuerzo para entender qué hay que salvar o qué hay que dejar caer.

A nivel racional, emotivo, conceptual, etc., todos conocemos bastante bien la diferencia y las prioridades, pero cuando

Sabemos todos que nuestro futuro, el futuro de la humanidad, tiene un nombre que es el de Cristo y un rostro que es el de nuestros hermanos en los cuales se revela Cristo.

hace falta decidir muchas veces nuestras convicciones, nuestros sueños y nuestros desiderata se esfuman. Con frecuencia este proceso, aun después de ser pensado, reelaborado y asumido, se relega a los eventos contingentes, que no siempre hallan tiempo para opciones realizadas con la lógica del «discernimiento, estando abiertos a la voz interior del Espíritu que invita a acoger en lo más hondo los designios de la Providencia. Él llama a la vida consagrada para que elabore nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy» (VC 73).

Al servicio de los hombres

Esta situación exige planteamientos cautelosos sobre el sentido de la reestructuración (inevitable) que tenga como hilo conductor el deseo de una profunda revitalización según con lo que dice Juan Pablo II en la Exhortación apostólica *Vida Consagrada*: «En el gesto de lavar los pies a sus discípulos, Jesús revela la profundidad del amor de Dios por el hombre: ¡en Él, Dios mismo se pone al servicio de los hombres! Él revela al mismo tiempo el sentido de la vida cristiana y, con mayor motivo, de la vida consagrada, que es vida de amor oblativo, de concreto y generoso servicio. Siguiendo los pasos del Hijo del hombre, que 'no ha venido a ser servido, sino a servir' (Mt 20, 28), la vida consagrada, al menos en los mejores períodos de su larga historia, se ha caracterizado por este 'lavar los pies', es decir, por el servicio, especialmente a los más pobres y necesitados. Ella, por una parte, contempla el misterio sublime del Verbo en el seno del Padre (cf. Jn 1,1), mientras que, por otra, sigue al mismo Verbo que se hace carne (cf.

Jn 1, 14), se abaja, se humilla para servir a los hombres...

«La mirada fija en el rostro del Señor no atenúa en el apóstol el compromiso por el hombre; más bien lo potencia, capacitándole para incidir mejor en la historia y liberarla de todo lo que la desfigura. La búsqueda de la belleza divina mueve a las personas consagradas a velar por la imagen divina deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas, rostros desfigurados por el hambre, rostros desilusionados por promesas políticas; rostros humillados de quien ve despreciada su propia cultura; rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada».

A Pedro que, extasiado ante la luz de la Transfiguración, exclama: ‘Señor, bueno es estarnos aquí’ (Mt 17, 4), le invita a volver a los caminos del mundo para continuar sirviendo el Reino de Dios: ‘Desciende, Pedro; tú, que deseabas descansar en el monte, descende y predica la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye y exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. Trabaja, suda, padece algunos tormentos a fin de llegar, por el brillo y hermosura de las obras hechas en caridad, a poseer eso que simbolizan los blancos vestidos del Señor’.

La mirada fija en el rostro del Señor no atenúa en el apóstol el compromiso por el hombre; más bien lo potencia, capacitándole para incidir mejor en la historia y liberarla de todo lo que la desfigura. La búsqueda de la belleza divina mueve a las personas consagradas a velar por la imagen divina deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas, rostros desfigurados por el hambre, rostros desilusionados por promesas políticas; rostros humillados de quien ve despreciada su propia cultura; rostros aterrorizados por la violencia

diaria e indiscriminada; rostros angustiados de menores; rostros de mujeres ofendidas y humilladas; rostros cansados de emigrantes que no encuentran digna acogida; rostros de ancianos sin las mínimas condiciones para una vida digna. La vida consagrada muestra de este modo, con la elocuencia de las obras, que la caridad divina es fundamento y estímulo del amor gratuito y operante» (VC 75).

Se trata de una admirable síntesis a la que, desde otro punto de vista y para ámbitos más universales, hacen referencia las palabras de Benedicto XVI, cuando afirma que *«amar es dar, ofrecer de lo ‘mío’ al otro... amar a alguien es querer su bien y trabajar eficazmente por él»*³. Es un desafío que también hoy debería ser asumido a todos los niveles, no obstante las numerosas dificultades y los muchos problemas.

El carisma de mi congregación

Expongo ahora la experiencia de mi congregación. Ante todo quiero decir que pertenezco a una familia religiosa pequeña, cuyo fundador, san Antonio María Gianelli, en 1800 sintió profundamente el hecho educativo, porque estaba convencido de que *«sin educación no hay evangelización duradera y profunda, no hay crecimiento y madurez, no se da cambio de mentalidad y de cultura. Los jóvenes conciben deseos profundos de vida plena, de amor auténtico, de libertad constructiva; pero, lamentablemente, sus expectativas a menudo se ven defraudadas y no llegan a realizarse»*⁴.

El Señor confió a Gianelli la educación para los padres porque *«los hijos (si los padres no son malos y descuidados) nunca pueden ser mejor acompañados y guiados que por el padre y por la madre. Dios y la naturaleza os han dado y recomendado los hijos a vosotros. Los maestros y los otros no están más que para suplir vuestra falta. Y lo que podéis hacer vosotros no debéis encargarlo a ninguno. Aunque fuese un santo o*

una santa que os lo pidiese de rodillas, o aunque fuese un ángel (¿puedo deciros más?), nunca será el padre ni la madre. La educación de los hijos Dios no la ha confiado a los ángeles, sino a vosotros» (LP, 171).

Esta pasión educativa fue lo que nos impulsó hace ocho años a tomar una opción de reestructuración y reconversión discreta y un poco anómala, por la novedad y porque aún implicaba muchos interrogantes. Parto de la realidad contingente, para evidenciar la evaluación del recorrido y la participación de un don que hemos tratado de poner en práctica.

Nacimiento de las cooperativas

La situación de los colegios, regentados por nuestra congregación en los años 1995-98, suponía una continua pérdida por la disminución del personal religioso y de los alumnos y, consiguientemente, se producía un notable aumento de los costes. En este contexto, los responsables de la provincia, en un primer momento optaron con gran pesar por el cierre progresivo. El encuentro y conversaciones con algunos amigos del Consorcio “Tassano”, relacionados con la economía de comunión, permitieron concretar nuevas soluciones, con nuevos escenarios y nuevas modalidades de gestión.

Nuestra parábola como cooperativa nace en 1999 con la disponibilidad de todo el cuerpo docente y administrativo para afrontar el reto de continuar, la dificultad económica (que preveía opcionalmente una fuerte reducción en el sueldo), y un monto horario superior al contractual. En este camino nos apoyó fuertemente un grupo de padres que querían que nuestro colegio continuase su misión en el barrio. A esta creación de la cooperativa en Génova, siguieron a continuación tres más en otros lugares.

Lo que nos lanzó a dar este paso fue

fundamentalmente el deseo de que no se perdiese el legado que nuestro fundador nos había dejado. Un legado que tiene en la educación, entendida en la acepción amplia del término, uno de sus elementos fundantes: «*En vano nos afanamos en la reforma del mundo –escribía– si máximamente no nos ocupamos en educar bien e instruir a los niños desde la más tierna edad*» (LP. 171), «*porque es más fácil en esta edad obtener el intento y más durable el fruto*» (LP. 170).

Actualmente hay cinco cooperativas asociadas a la red Gianelli con fuerte presencia de religiosas-socias. La superiora provincial es la presidente y representante legal de la provincia, desempeñando la función de administrador delegado. El instituto religioso, a través del consorcio, al que se le ha cedido el uso del POF (Plan de Oferta Formativa) y del marco FMH, controla la obra de las cooperativas, tanto en la orientación educativa de escuela católica inspirada en el carisma, como en la parte administrativa. Se trata de un compromiso, cuidado y puntual, para que sea siempre evidente la especificidad católico-carismática de nuestro servicio, no obstante la disminución numérica del personal religioso. Para esto se ha elaborado la *Carta de los Valores* que debe constituir la base de nuestros proyectos educativos.

Un pensamiento común

Pasando de la descripción de la experiencia a la toma de conciencia de la actitud que nos ha guiado, puedo decir que las cooperativas y el consorcio han sido para nuestra familia religiosa opciones orientadas a la lógica del intercambio y de trabajar en red que tendría que llevar a la colaboración-comunión. El deseo que nos ha guiado, era, y aún lo es, el de “pensarlo todo juntos”, unidos por los hilos de la red, trabajando todos en la misma dirección,

para conseguir que el servicio ofrecido privilegie la lógica de la calidad y no sólo de la cantidad.

No han faltado dificultades: las iniciales por encontrarnos, religiosas y laicos, ante

«El descubrimiento de la dimensión fundamental de la Iglesia-comunión y la experiencia plurisecular de la vida consagrada indican que un futuro rico de esperanza y de revitalización puede alcanzarse por una renovada relación de participación de espiritualidad, de apostolado y de fraternidad entre laicos y consagrados».

algo nuevo y desconocido, para alguno más impuesto que aceptado; las más profundas han sido las que requerían un cambio de mentalidad en la colaboración de las religiosas con los laicos y viceversa; la dificultad para implantarse como nueva realidad social, como instituto y cooperativa, en la zona; encontrar socios-colaboradores plenamente comprometidos, capaces de entrar en la red, honestos y humildes.

Sin embargo, más allá de estas dificultades y de la exigencia de encontrar constantes caminos nuevos para la formación de los laicos a la luz de nuestra espiritualidad específica, me parece que la experiencia del consorcio de la red Gianelli con sus cooperativas, un centro de rehabilitación y una industria de catering, expresa un nuevo modelo de empresa; habla de la importancia de mantener determinados servicios (que surgieron para responder a necesidades aún actuales); salva estructuras difícilmente reconvertibles; asegura puestos de trabajo; es objeto de ingresos económicos que de otro modo no se conseguirían.

Favorece además un nuevo estilo de relaciones entre religiosas y laicos hasta lle-

gar a ser exigencia de participación, de relaciones paritarias y respeto, de comunión aun cuando surjan sombras en el camino. «Si el desafío es éste, hay que luchar continuamente, incluso contracorriente, para llegar a un mismo sentir, a un mismo pensar, a un mismo querer y un mismo obrar para la gloria de Dios y la difusión del evangelio... No he echado en olvido vuestra súplica, ni que se vea cómo caminar de acuerdo en el modo de hacer el bien. No digo que esto sea la cosa más fácil porque, aunque todos lo aceptemos, el modo de hacer no agrada a todos». Son también palabras de san Antonio María Gianelli que nos siguen indicando un camino que quisiéramos que sea verdaderamente un camino de Iglesia.

Una nueva relación con los laicos

¿Reestructurar o revitalizar? Es la pregunta fundamental que a menudo quita el sueño a muchos gobiernos generales y provinciales. Estoy convencida de que la reestructuración debe ir acompañada siempre de la revitalización con la certeza de que «los caminos de Dios son realmente imprevisibles y, aun cuando todo parezca perdido, debemos reconocer que él es capaz de suscitar la vida donde antes reinaba la muerte», porque «las grandes renovaciones han tenido lugar siempre en momentos de crisis, de silencio, de desintegración de la vida, es decir, cuando se va creando ese vacío típico que permite dejar espacio a algo nuevo»⁵. Estamos ante una alternativa y debemos evitar dos tendencias: la nostalgia del pasado y el miedo al futuro.

Uno de los grandes desafíos que tenemos delante es el de una nueva relación con los laicos, porque «el descubrimiento de la dimensión fundamental de la Iglesia-comunión y la experiencia plurisecular de la vida consagrada indican que un futuro rico de esperanza y de revitalización puede alcanzarse por una renovada relación de participación de espirituali-

dad, de apostolado y de fraternidad entre laicos y consagrados» ⁶.

Esta premura nace de la contingencia histórica que exige, por un lado, un mayor compromiso de los laicos y, por otro, la necesidad de tutelar y mantener el carisma. El futuro operativo dependerá de la colaboración como elemento determinante en la gestión de nuestras obras y servicios, porque no siempre es posible y oportuno cerrar, enajenar, ceder o donar. Luego, el hecho de que las congregaciones envejezcan plantea el problema de la acogida de los miembros ancianos, de su cuidado y mantenimiento, por lo que es importante estudiar nuevas modalidades de gestión al cambiar la situación económica.

Creo que antes de vender, ceder, etc., es importante hallar juntos, como instituto y con la ayuda de expertos que buscan con nosotros el bien (hay que ser muy precavidos en esto), nuevas modalidades de dirección y de gestión. Hoy los instrumentos son muchos; llevan el nombre de cooperativas, fundaciones, asociaciones, etc. No es ni será un camino fácil por muchos motivos que no me detengo a analizar, porque todos los conocemos.

Hay que resolver el problema que siempre va unido a la transmisión del carisma, para evitar que las obras, referidas a un determinado fundador o fundadora, y que siguen encontrando en él o en ella su fuente inspiradora, pierdan su particularidad y se conviertan en simples espacios de servicio, válido, pero no carismático: *«La participación del carisma entre religiosos y laicos hoy, es un laboratorio que requiere camino, años de discernimiento. El testimonio de este nuevo modo de relacionarse entre las diversas vocaciones y trabajar juntos son, en cierta manera, signo del misterio de la Trinidad, único Dios Amor en la contemplación de las tres Personas divinas... Hay que encontrar en los laicos sería calificación profesional; habilidad necesaria para saber-*

se mover con competencia a nivel de gestión y ejecutivo en la obra en la que se comprometen; una madura formación humana (transparencia, honradez, espíritu de colaboración, bondad...); madurez cristiana; apertura fundamental al carisma» ⁷.

El compromiso de la fidelidad

Un criterio para la revitalización nos lo ha ofrecido Juan Pablo II, cuando escribió que *«los cambios sociales y la disminución del número de vocaciones está haciendo mella en la vida consagrada. Las obras apostólicas de muchos Institutos y su misma presencia en ciertas Iglesias locales están en peligro. Como ya ha ocurrido otras veces en la historia, hay Institutos que corren incluso el riesgo de desaparecer...»*

En otros Institutos se plantea más bien el problema de la reorganización de sus obras. Esta tarea, nada fácil y no pocas veces dolorosa, requiere estudio y discernimiento a la luz de algunos criterios. Es preciso, por ejemplo, salvaguardar el sentido del propio carisma, promover la vida fraterna, estar atentos a las necesidades de la Iglesia tanto universal como particular, ocuparse de aquello que el mundo descuida, responder generosamente y con audacia, aunque sea con intervenciones obligadamente exiguas, a las nuevas pobreza, sobre todo en los lugares más abandonados. Las dificultades provenientes de la disminución de personal y de iniciativas, no deben en modo alguno hacer perder la confianza en la fuerza evangélica de la vida consagrada, la cual será siempre actual y operante en la Iglesia...»

Las nuevas situaciones de penuria han de ser afrontadas por tanto con la serenidad de quien sabe que a cada uno se le pide no tanto el éxito, cuanto el compromiso de la fidelidad. Lo que se debe evitar absolutamente es la debilitación de la vida consagrada, que no consiste tanto en la disminución numérica, sino en la pérdida de la adhesión espiritual al Señor y a la propia vocación y misión.

Por el contrario, perseverando fielmente en ella, se confiesa, y con gran eficacia incluso ante el mundo, la propia y firme confianza en el Señor de la historia, en cuyas manos están los tiempos y los destinos de las personas, de las instituciones, de los pueblos y, por tanto, también la actuación histórica de sus dones. Los dolorosos momentos de crisis representan un apremio a las personas consagradas para que proclamen con fortaleza la fe en la muerte y resurrección de Cristo, haciéndose así signo visible del paso de la muerte a la vida» (VC 63).

El camino que hay por delante no es sencillo. Supuesto que la primera tarea que se le pide a la vida consagrada es la de *«invitar nuevamente a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo a mirar hacia lo alto, a no dejarse arrollar por las cosas de cada día, sino a ser atraídos por Dios y por el Evangelio de su Hijo»* (VC, 109), debemos realizar una síntesis entre reestructuración y revitalización, donde revitalizar asuma la necesidad de encauzar bien nuestra vida para colmarla de Dios. No con discursos más o menos moralizantes, sino con el mismo modo de ser y de vivir, fruto de corazones reconciliados y mi-

sericordiosos, apasionados de Dios y del hombre, capaces de gratuidad, de perdón y de alegría. Una vida fundamentada en la Palabra de Dios que los haga capaces de pronunciar palabras de bien, que sepan llegar al corazón de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo.

Viviendo relaciones verdaderas

Hoy la relación ha sido definida como el nuevo rostro de la santidad y yo creo que la revitalización puede abrirse camino justamente bajo esta perspectiva, accesible a todos, incluso a quienes ya peinan canas y el rostro está marcado por las arrugas. En un mundo de soledad, de falta de relaciones, de vacío existencial, de anonimato, vivir relaciones profundas y significativas, capaces de encontrar al hermano y a la hermana, cualquiera que sea y llevarlos en el corazón, guardándolos en ese espacio conocido por nosotros y por Dios, es ya un signo que trasciende y que la gente capta.

Estoy convencida de que muchas veces se está realmente en la imposibilidad de dar respuestas, pero a todos se nos pide intentar una nueva modalidad en las relaciones que nos lleve a mirar al otro y a los otros no como enemigos, sino como hermanos; no juzgando y rechazando, sino amando; no marginando, sino acogiendo sin empujar las grandes o pequeñas propuestas que cada vez son más urgentes, como es urgente una nueva opción por los pobres.

Considero una gracia el saber que existen muchos hombres y mujeres que viven así, que creen que *«la vida consagrada es una vida donada, ‘derrochada’ generosamente sin medida, que no tiene otra finalidad que la de perfumar los pies del Señor, perfumando al mismo tiempo toda la casa en la que Él vive... Expresa la locura de una gratuidad sin medida, total. En esta perspectiva del ‘derroche’ de las pro-*

«Salvaguardar el sentido del propio carisma, promover la vida fraterna, estar atentos a las necesidades de la Iglesia tanto universal como particular, ocuparse de aquello que el mundo descuida, responder generosamente y con audacia, aunque sea con intervenciones obligadamente exiguas, a las nuevas pobrezas, sobre todo en los lugares más abandonados. Las dificultades provenientes de la disminución de personal y de iniciativas, no deben en modo alguno hacer perder la confianza en la fuerza evangélica de la vida consagrada, la cual será siempre actual y operante en la Iglesia».

Hombres y mujeres «que buscan y encuentran a Dios en las realidades del mundo... Hombres y mujeres inmersos en Dios. La vida de una persona consagrada es siempre una vida de conversión que llega a hacer suyas las palabras de san Pablo: 'No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí'. Una vida así tiene la fuerza y la dulzura de llevar el mundo a su relación verdadera con su Creador».

pías energías, de precioso perfume derramado sin utilidad alguna sobre los pies del Señor, se construye lo esencial de la vida consagrada, en los procedimientos, en las opciones, en las obras de las que forman parte»⁸.

La santidad como paradigma

Más allá de los temores e interrogantes, en nuestro corazón debe quedar la esperanza que ofrecen las palabras del Maestro: «No temáis, valéis más que muchos pajarillos» (Lc 12, 7); y la certeza de lo que dice san Pablo: «Estoy firmemente convencido de que quien inició en vosotros la buena obra la irá consumando hasta el día de Cristo Jesús» (Fil 1, 6). Son palabras que nos dan vida y nos permiten volver a soñar juntos, porque 'si son muchos los que sueñan, el sueño se convierte en realidad'. Soñemos y deseemos una vida consagrada válida no tanto por el número o la majestuosidad de las obras y servicios, sino porque está habitada por personas que han tomado la santidad como paradigma, pasión y anhelo de sus vidas. Santidad, no de visiones o de éxtasis, sino que «se caracteriza como el estar con Jesucristo, estar con la Iglesia, estar con los compañeros de comunidad y de congregación, estar con los pobres. Siguiendo esta señal, la vida consagrada está llamada a ofrecer signos del reino de Dios, a ser ella misma, en su ser y en su vida,

un signo del Reino de Dios: irrupción de la gracia que genera fraternidad, afiliación, alegría, esperanza, acogida, generosidad, adoración, coraje, gratitud»⁹.

Sólo así volverá a brillar nuestra vida, porque «vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien» (Gn 1, 31). Hoy nuestros servicios y obras han de ser competitivos por la transparencia evangélica, humanidad, acogida, serenidad y escucha, y deben testimoniar que son llevados por hombres y mujeres «que buscan y encuentran a Dios en las realidades del mundo... Hombres y mujeres inmersos en Dios. La vida de una persona consagrada es siempre una vida de conversión que llega a hacer suyas las palabras de san Pablo: 'No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí'. Una vida así tiene la fuerza y la dulzura de llevar el mundo a su relación verdadera con su Creador» (L. Sweko). Que María nos indique el camino y nos enseñe a transmitir a los hombres y a las mujeres de hoy el atractivo divino que debe transparentarse en nuestras palabras y en nuestras acciones.

¹ Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones*, 3 junio 2001.

² Benedicto XVI, *Discurso a los participantes a la IV Asamblea Eclesial de Verona*, 2 octubre 2006.

³ Id., *Caritas in veritate*, nn. 6-7.

⁴ Id., *Carta al XXVI Capítulo General de los Salesianos de don Bosco*, 1 marzo 2008.

⁵ A. Andreini – C. Messasalma, *Tempo d'inverno per la vita consacrata*, Ed. Paoline, Milano 2008, pp 14-15.

⁶ S. La Pegna, *Il rapporto fra consacrati e laici nella vita religiosa*, EDB, Bologna 2008, p. 4.

⁷ *Ibid.*, pp. 105-107.

⁸ V. Bertolone, en *Atti del Convegno su «Crisi e sfi-de dei tempi»*, Roma 2010, p. 16.

⁹ C. García, *Asamblea USG*, 7 mayo 2010.

La vida consagrada en la Iglesia de hoy

José Rovira, c.m.f.

Una realidad en acelerado cambio y en constante evolución, entre experiencias válidas de auténtico Evangelio encarnado y “modas” pasajeras, nuevas oportunidades y proyectos creativos.

CREO que es muy difícil hablar de la vida consagrada en la Iglesia de hoy si no se quiere caer en generalizaciones de las que tantas veces hemos oído hablar. Por eso no pretendo decir novedades, sino simplemente ofrecer algunos puntos de reflexión.

Crecimiento y disminución

Una de las dificultades es, sin duda, la complejidad de la situación, a nivel de cada instituto religioso en las diversas partes del mundo. De hecho, hay zonas en las que antes no había vocaciones, y ahora, en cambio, se han convertido en el verdadero “depósito” (especialmente en África y Asia), mientras que las que se consideraban fuentes inagotables (Europa, América del Norte y en parte América del Sur), y en muchos casos incluso los lugares “sagrados” en los que el instituto había nacido, se hallan en plena “sequía” vocacional. Además, la

globalización planetaria, creada por los medios de comunicación social y por la facilidad de desplazamientos, hace que en muchas partes de lo que llamamos Tercer Mundo, o sur del mundo, se den ya los mismos problemas del Primer Mundo, a veces incluso agravados.

Un ejemplo concreto. Según los datos oficiales del *Anuario Estadístico de la Iglesia*, que cada año publica la Secretaría de Estado Vaticano ¹, Italia, que ha sido durante décadas (o quizá siglos) la nación con más religiosos, y sobre todo religiosas, desde 2008 ha sido superada por la India. En 1968, las religiosas italianas eran 68.580 y las indias 15.554; al final de 2008, las primeras eran 9.511 y las segundas 95.273. Todo esto sin contar que en Italia la edad media de los religiosos es muy superior que en la India, por lo que en el futuro la desproporción entre Italia e India deberá seguir aumentando.

Pero las cosas no están tan claras. Hace unas semanas, un religioso indio que ha

sido formador en su país durante más de veinte años, me decía que en India amenazan problemas que podrían resultar muy decisivos. A su parecer, hay dos causas que podrían llevar a cambios inesperados: una es el descenso demográfico en las nuevas familias cristianas; la otra, la crisis religioso-cultural inminente (o ya presente), de la que pocos se percatan. En otras palabras, los rápidos cambios económico-sociales, que actualmente se están dando en aquel país, no podrán dejar de producir cambios culturales y religiosos; pero pocos tienen conciencia de esto.

En el mundo occidental –según el mencionado religioso–, se está en plena crisis, pero hay conciencia de ella, lo cual favorece la búsqueda de soluciones. Y ponía el ejemplo de dos enfermos: el primero, sabiendo que lo está, se preocupa más fácilmente de encontrar la medicina adecuada; el segundo, en cambio, que no lo sabe ni se da cuenta, está más expuesto a resultados peores. Y concluía diciendo que dentro de diez o quince años se corre el riesgo de que en la India la situación eclesial y vocacional sea peor que la actual de Europa. Esperemos que no se cumpla su profecía.

Poca estima y silencio

Otro aspecto desfavorable a tener en cuenta es que algunos no consideran la vida consagrada en su justo valor. Como dice la instrucción *Caminar desde Cristo*: «No podemos ignorar que, a veces, a la vida consagrada no se le tiene en la debida consideración, e incluso se da una cierta desconfianza frente a ella» (12); «La impresión que algunos pueden tener de pérdida de estima por parte de ciertos sectores de la Iglesia por la vida consagrada...» (13)².

Pérdida de estima, silencio e incluso simplemente desconocimiento. Basta recordar los silencios, a veces totales o casi, en algunos sínodos de los obispos y en los

documentos publicados posteriormente, como el de los laicos de 1987 y la exhortación *Christifideles laici* de 1988, el sínodo sobre los sacerdotes de 1990 y la exhortación *Pastores dabo vobis* de 1992, el silencio sobre el trabajo de los religiosos en la evangelización de Europa en el primer sínodo de Europa...

Y la reacción de sacerdotes, obispos, etc., tantas veces escuchada respecto a la exhortación *Vita consecrata* de 1996, fruto del sínodo sobre la vida consagrada de 1994: «... ese documento, para las religiosas»; cuando basta leerlo para darse cuenta de que es un documento «para toda la Iglesia», como decía Juan Pablo II desde el título: «Exhortación apostólica post-sinodal *Vita Consecrata* del Santo Padre Juan Pablo II al episcopado y al clero, a las órdenes y congregaciones religiosas, a las sociedades de vida apostólica, a los institutos seculares y a todos los fieles, acerca de la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo»; «... quiero dirigirme con esta Exhortación apostólica a toda la Iglesia, para ofrecer no sólo a las personas consagradas, sino también a los Pastores y a los fieles...» (VC 13).

Consagrados y movimientos

No hay que extrañarse, pues, de que muchos religiosos y religiosas se sientan poco apreciados, a favor, por ejemplo, de los movimientos eclesiales, esta gran realidad positiva de la Iglesia de hoy, pero que son diferentes de la vida consagrada; prueba de esto es que dentro de algunos de ellos han surgido institutos seculares o religiosos.

De hecho, el compromiso en los movimientos es por su naturaleza diferente: están menos estructurados o institucionalizados, a veces más “emotivos”, flexibles, fácilmente entusiastas, podríamos decir más “juveniles”, “frescos”, porque muchos de sus miembros son efectivamente jóvenes... Su situación es más fluida, se puede entrar y

Unidad y Carismas

salir con mayor facilidad, por lo cual, para algunos, tienen una atractivo “juvenil” y “moderno” particular.

La vida consagrada supone, en cambio, un tipo de compromiso largamente preparado durante años de formación, los votos temporales y luego perpetuos, a veces también el sacerdocio; un compromiso por su naturaleza más duradero, más aún, “para siempre”, aunque también en ellos se den las deserciones...

En una sociedad y una cultura como las actuales, continuamente mutantes, fluidas, “líquidas”, se comprende que el compromiso en la vida consagrada se haga más difícil, porque por su naturaleza tiende a ser globalmente más comprometedor. Todo esto hace que no pocos obispos prefieran los movimientos a los religiosos, mientras ven “envejecidos” a estos últimos y en fase de reducción numérica y menos flexibles.

Esta situación podría hacer pensar que los movimientos sean una especie de “amenaza” para la vida consagrada actual, como se lamentan a veces algunos religiosos: «*¡Se llevan las vocaciones que en otros tiempos habrían venido a la vida consagrada!*». Aparte de que este modo de pensar no iría de acuerdo con el Evangelio y con los planes de Dios, lo que estamos observando, en cambio, es que dentro de no pocos de estos movimientos, en un determinado momento de su madurez histórica y espiritual, aparece un cierto tipo de “vida consagrada”, como si el fruto o el resultado más elevado de estos movimientos fuera precisamente una forma de vida consagrada. Piénsese, por ejemplo, en los *Memores Domini*, fundados por Luigi Giussani, fundador de Comunión y Liberación; en la Fraternidad Sacerdotal de Misioneros de San Carlos Borromeo, fundada por Massimo Camisasca; en la Comunidad del León de Judá y del Cordero Inmaculado, surgida de grupos carismáticos, etc.

La primacía de Dios, la comunión y la misión son las tres patas de una mesa en la que no puede faltar ninguna; si no, la mesa perdería el equilibrio. Libres, en el sentido más profundo de la palabra, es decir, según la libertad de Cristo. Como decía a su superior el viejo monje enfermero de la comunidad benedictina de Atlas (Argelia), muertos en 1996 por un grupo armado de la jihad islámica: «*¡Yo no tengo miedo al ejército, ni a los guerrilleros, ni a la muerte... porque soy un hombre libre!*».

También es verdad que muchos de los candidatos a la vida consagrada provienen de movimientos. Si acaso, el problema que puede surgir en estos candidatos, así como en algunos religiosos que entran en un movimiento, es el de la “doble pertenencia”, que puede crear conflictos a nivel espiritual y de disponibilidad apostólica respecto al instituto en el que el sujeto profesó; individuos que, a nivel canónico, pertenecen a un instituto, pero, a nivel emotivo y espiritual, a un movimiento; viven una especie de doble realidad que puede dividirlos interiormente y a nivel práctico. Sobre este problema, ciertamente actual, se ha pronunciado varias veces el Magisterio en estos últimos años, reafirmando la necesidad de un esclarecimiento carismático y canónico respecto al propio instituto y a los superiores³.

Nuevas fundaciones

Preguntémosnos ahora cuáles son las características que la Iglesia y el mundo tienen derecho a esperarse de la vida consagrada. Características y expectativas que

las personas consagradas hemos de tratar de adivinar, ya que, en general, el mundo no nos lo dirá, o peor aún, nos ignora y tiene de nosotros una idea más o menos inexacta y distorsionada. Basta ver cómo hablan de nosotros –cuando hablan– los medios de comunicación social. En otras palabras, ¿qué podemos ofrecer de positivo a la Iglesia y a la sociedad, los consagrados, que conocemos nuestra realidad histórica y espiritual?

Pongamos dos premisas. Primera: no todos los consagrados tienen que hacerlo todo o cualquier cosa; más aún, es de desear que puedan dar respuestas lo más completas y adecuadas posible, cada uno según sus características carismáticas y las diversas situaciones eclesiales y sociales. Segunda: nadie puede decir “cuántos” miembros ha de tener, ni “hasta cuándo” ha de perdurar cada instituto religioso; pero sí “cómo” debemos ser.

Por otra parte, que la vida consagrada en cuanto tal no esté destinada a desaparecer nos lo confirman no sólo las repetidas afirmaciones de Juan Pablo II en la exhortación *Vita consecrata* (cf. nn. 3, 29, 63), sino también la creatividad y la cantidad de nuevas comunidades e institutos surgidos en estos años de crisis después del Vaticano II ⁴.

En efecto, desde 1911 a 1965, las fundaciones registradas fueron 95, mientras que de 1966 a 2009 han sido 680, en total 775; además de otras 55 comunidades no registradas de modo completo por varias razones. Total: 830 fundaciones. De estas, entre tanto, han desaparecido más de 80. Pero hay una sorpresa: las naciones en las que ha nacido el mayor número de fundaciones son las que tienen más crisis vocacional y están muy secularizadas: 205 en EE. UU., 200 en Italia, 161 en Francia, 47 en Canadá, 44 en Brasil, 20 en España...

Concretamente, se concedió la aproba-

ción diocesana: de 1960 a 1970 a 117 fundaciones; de 1971 a 1980 a 75; de 1981 a 1990 a 102; de 1991 a 2000 a 139; de 2001 a 2009 a 36. De 1960 a 2009 las gestiones de fusión han llevado a la desaparición de 245 institutos; las gestiones de unión, a su vez, han hecho desaparecer a 125 institutos. Rocca recuerda que estas son las fusiones y las uniones que ha podido registrar, pero que ciertamente hay más: «*Si se tienen en cuenta los institutos nuevos que han nacido en estos últimos 50 años y en el cálculo se incluyen aquellos a los cuales la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada ha concedido el nihil obstat o un decreto de erección (469) y las llamadas ‘nuevas fundaciones’ (más de 300), se llega a un total de más de 1269 nuevas fundaciones, que ciertamente es inexacto por defecto. Si a las nuevas fundaciones se contraponen el panorama de los institutos desaparecidos en estos últimos 50 años, y se unen las diversas gestiones de fusión-unió-supresión, se llega a cerca de 380 institutos desaparecidos, que han de ponerse en el Primer censo. Por tanto, se tendría en total un número de cerca de 460 institutos desaparecidos en estos 50 años... Se podría afinar la reflexión señalando que los institutos desaparecidos como resultado de las gestiones de fusión-unió son, en su mayoría, congregaciones religiosas femeninas surgidas en los siglos XIX-XX, y parece obvio concluir que muchos otros institutos del mismo período tendrán que acomodarse de nuevo*» ⁵.

Así pues, estamos viviendo desde hace años un redimensionamiento numérico de la vida consagrada existente hasta hace unos decenios, que no significa desaparición aunque hay grupos concretos que, como hemos visto, se unen o se funden, mientras otros simplemente desaparecen: «*De estas 800 nuevas fundaciones, 20 son de carácter ‘tradicionalista’, y han obtenido una regular aprobación de la Comisión Pontificia Ecclesia Dei*». Por tanto, no todo es novedad, a no ser que no se considere una novedad volver a antes del Vaticano II ⁶.

Intercongregacionalidad y laicos

El hecho que con frecuencia el número de componentes de los grupos sea reducido está suscitando desde hace tiempo algo nuevo: la intercongregacionalidad en la formación (excepto aquellos aspectos que son típicos de cada grupo), y en el apostolado, pues no se pueden mantener las obras con el propio personal. Y, respecto al apostolado, está creciendo la colaboración con los laicos.

Esta última realidad es algo reciente en muchos institutos, “viejos” y nuevos, y es el nacimiento de las llamadas “familias religiosas”: laicos que desean trabajar apostólicamente con los religiosos, no por motivos simplemente económicos, sino porque desean compartir –de modo laical– el carisma del instituto. Es una nueva realidad carismática, espiritual y organizativa que seguramente está creando el Espíritu en la Iglesia y que lleva a los religiosos a una renovada conciencia de su carisma y de su papel en ella.

Pero los religiosos no están llamados a ser los “amos” de la “familia”, sino a ser algo así como el “disco duro”, el corazón, a disposición del conjunto, sobre todo por lo que respecta a la formación carismática de todos los participantes. Así como las circunstancias actuales nos llevan a dejar obras que han tenido un significado en otros tiempos, pero que la sociedad en parte desarrolla ahora; o a participar en ellas, sí, pero no como amos, porque son actividades que nos permiten evangelizar y testimoniar la fe (piénsese en la enseñanza, la sanidad, los medios de comunicación social, las diversas formas de voluntariado, los organismos internacionales, etc.), o a implicarnos en otras necesidades que todavía no atiende la sociedad (las famosas “nuevas pobrezas”). Además, obviamente, de todas esas actividades que tienen como tarea específica la evangelización directa (catequesis, predicación, etc.).

Curiosidad creativa

He aquí por qué no hay que tener miedo del presente ni del futuro; más bien de lo que está sucediendo hay que tomar impulso para un empeño mayor y, me atrevería a decir, de una “curiosidad creativa” respecto a los nuevos “signos de los tiempos”. Como decía Juan Pablo II: *«Se invita a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las distintas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial»* (VC 37).

Esta “fidelidad creativa” supone, en primer lugar, la conciencia de que la vida consagrada en cuanto tal, la Iglesia y la sociedad, han cambiado, y que, por tanto, irán adelante con nosotros, sin nosotros o en contra de nosotros. Significa convencerse de que el gran riesgo de la vida consagrada actual no es la disminución numérica, sino si acaso la mediocridad (cf. CdC 12). Constar que en un mundo que ignora a Dios o lo niega abiertamente, en el que con demasia-

Los religiosos no están llamados a ser los “amos” de la “familia”, sino a ser algo así como el “disco duro”, el corazón, a disposición del conjunto, sobre todo por lo que respecta a la formación carismática de todos los participantes.

da frecuencia reina el egoísmo más desenfadado y la falta de humanidad, los religiosos son más actuales y urgentes que nunca, en la medida en que con sus vidas tratan de responder a estas necesidades. Es decir, si saben poner el acento en la centralidad de Dios, de su Palabra y en la vida de oración, en la fraternidad, sencillez, moderación y sobriedad de vida que nos lleva instintivamente a no ser esclavos del consumismo, a la cercanía a los pobres y necesitados de todo tipo.

En pocas palabras, si son hombres y mujeres de Dios, ricos en humanidad, con una identidad humana, cristiana y carismática clara y bien definida, una vida bien centrada, contenta de existir y de abrirse a los demás (cf. *He* 20, 37; *Rm* 12, 8; *2Co* 9, 7). La primacía de Dios, la comunión y la misión son las tres patas de una mesa en la que no puede faltar ninguna; si no, la mesa perdería el equilibrio. Libres, en el sentido más profundo de la palabra, es decir, según la libertad de Cristo. Como decía a su superior el viejo monje enfermero de la comunidad benedictina de Atlas (Argelia), muertos en 1996 por un grupo armado de la jihad islámica: «*Yo no tengo miedo al ejército, ni a los guerrilleros, ni a la muerte... porque soy un hombre libre!*»⁷.

Y, a nivel humano, el religioso ha de ser cordial, sencillo y competente respecto a cuanto ha de testimoniar y poner en práctica. Testigo, no de no tener dificultades o de vivir en una realidad falsa, sino de serenidad, pacificado interiormente, serio y positivo, profundo, alegre de vivir a pesar de ser consciente de las dificultades materiales y de la presencia del pecado. Ser tierra de paso hacia Dios («*Haced lo que Él os diga*», *Jn* 2, 5) y tierra de encuentro entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo (cf. *Mt* 23, 8-12; *Rm* 12; *1Co* 12-13), amante y custodio de esta tierra que Dios nos ha dado (cf. *Gn* 1-2; *Sal* 8; 136; *Sb* 11, 22-12, 2).

Todo esto dará al religioso una autoridad

humana y espiritual en el encuentro con cualquier persona, en cualquier lugar, sea cristiana o no, creyente o no; lo hará atractivo y creíble, apóstol incluso sin darse cuenta y, por consiguiente, no necesitará hacerse propaganda, ¡serán los demás los que la harán! Porque esto es lo que necesitan la sociedad y la Iglesia de hoy, y tienen derecho a esperarlo de nosotros.

Por eso, a pesar de todas las dificultades y gracias a todos los dones, los religiosos se sienten llevados a repetir las palabras del gran místico san Juan de la Cruz: «*Que bien sé yo la fonte que mana y corre / aunque es de noche*»⁸, eco de las palabras de Pablo a Timoteo: «*Sé bien de quién me he fiado*» (*2 Tm* 1, 12); porque, como decía Juan Pablo II, la vida consagrada en la Iglesia y en el mundo de hoy no tiene «*sólo una historia gloriosa para recordar y contar, sino ¡una gran historia que construir!*» (*VC* 110).

¹ Los datos corresponden a casi dos años antes: los aparecidos en 2010 corresponden al 31.12.2008.

² Bastaría recordar algunas intervenciones de obispos y cardenales en el sínodo sobre la vida consagrada de 1994 (cf. G. Ferraro, *Il Sinodo dei Vescovi*, 1994, Roma 1998; B. Secondin, *Per una fedeltà creativa*, Milano, 1995).

³ Cf. *PI*, nn. 92-93; *VFC*, n. 62; *VC*, n. 56; *CdC*, n. 30.

⁴ Sobre esta temática la bibliografía es amplia. Véanse los recientes: AA. VV., *Nuove forme di vita consacrata*, dirigido por R. Fusco – G. Rocca, Città del Vaticano 2010; *id.*, *Primo censimento delle nuove comunità*, Città del Vaticano 2010; G. Rocca, *Tra scomparsa e nuove fondazioni. Andamento della vita consacrata negli ultimi 50 anni*, en *Testimoni* 16 (2010) 15-17.

⁵ G. Rocca, *art. cit.*, pp. 16-17.

⁶ *Ibid.*

⁷ Cf. *FT*, n. 15, 19, 20, 22; cf. la película de X. Beauvois, *De dioses y hombres*, Francia 2010.

⁸ Juan de la Cruz, *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe*, en *Obras completas (Poesías)*, Madrid, BAC 1989, p. 11.

El «Castillo exterior». Génesis y contexto histórico

Ángel Carreras

Los orígenes de lo que podríamos considerar el ápice del camino espiritual que Chiara Lubich propone en la espiritualidad de la unidad. El momento histórico que coincide con el recorrido de la aprobación del Movimiento de los Focolares por parte de la Iglesia. La relación con el “Castillo interior” de santa Teresa de Jesús.

LA espiritualidad de santa Teresa de Jesús tiene cómo ápice la unión con “su Majestad” en el recinto más íntimo que la mística abulense define como el “Castillo interior” del alma.

Chiara Lubich, a principios de los años 60, queda fascinada por la radicalidad de Teresa y por la coincidencia de los frutos, que ella observa en la vida de las personas que viven la espiritualidad de la unidad, con los efectos, descritos por Teresa, que tienen lugar en el alma en la entrada en el “Castillo interior” y los sucesivos pasos hacia las moradas más interiores.

La fundadora del Movimiento de los Focolares, consciente de la especificidad de su camino, que tiende a la unión con Jesús presente entre quienes viven unidos en su nombre –según Mt 18,20–, define la culminación de su experiencia como la construcción del “Castillo exterior”, hasta la plena unidad

con los hermanos en la realidad del Cuerpo místico de Cristo, en el que todos están inertados.

En la experiencia espiritual de la “construcción” del “Castillo exterior” se desplaza el centro de la interioridad del individuo a la interioridad del mismo Dios, la cual se alcanza sólo en la *kénosis* del propio yo, que sale de sí mismo hacia el hermano, momento en que, si el hermano corresponde con la reciprocidad, se establece la presencia de Jesús entre ambos, y es en la “interioridad” de Jesús donde las dos almas pasan a establecer su demora. Se tiende, por decirlo de alguna manera, a vivir en la tierra al estilo de la Trinidad ¹.

Una novedad en la historia de la espiritualidad

Se remonta al 8 de noviembre de 1950 el

escrito de Chiara Lubich en que aparece por primera vez el término “Castillo exterior”: *«Es admirable el designio de Dios: este Reino de los cielos, este Castillo exterior en el que Dios está entre nosotros»*².

Según J. Castellano Cervera el término «“Castillo exterior” es una expresión totalmente nueva en la historia de la espiritualidad cristiana; sin duda hace referencia al “Castillo interior” de Santa Teresa, pero trae consigo una novedad que nace de la experiencia colectiva de la espiritualidad de la unidad, vivida por Chiara y toda la Obra de María»³.

A este respecto Chiara misma anotaría algunos años después, comentando su texto: *«Aquí... ya aparece la idea del “Castillo exterior”, como prefigurando la realidad de la Obra, donde Cristo está presente y la ilumina en todas sus partes. Probablemente entonces ya conocía yo algo sobre la doctrina del Castillo interior de Santa Teresa de Ávila, pero aquí no pretendo hacer ningún parangón con ella»*⁴.

De lo dicho se pueden deducir dos cosas. Ante todo la novedad absoluta de la imagen del “Castillo exterior” en el lenguaje de la espiritualidad. La segunda: cuando la expresión aflora por primera vez en 1950, a pesar de la coincidencia del término “castillo”, Chiara no tiene en mente la terminología de santa Teresa y tampoco la intención de imitarla.

Conviene recordar aquí que el arco de tiempo comprendido entre 1949 y 1951 representa un período totalmente particular y decisivo en la configuración de la espiritualidad de la unidad, a causa de la extraordinaria y luminosa experiencia mística colectiva experimentada entonces por Chiara y por el primer grupo de focolarinas y focolarinos⁵. Chiara toma conciencia de que Dios ha depositado en ella un carisma que representa una auténtica novedad en la espiritualidad de la Iglesia, y que el Espíritu Santo le ha hecho semejante don, no sólo para los

miembros del Movimiento, sino también para dar una contribución específica a la renovación de la espiritualidad cristiana y de la sociedad. Muchos años después, el Magisterio reconocerá este don, proponiendo a la Iglesia y a la humanidad la “espiritualidad de comunión”.

En el texto que sigue se expresa claramente cuanto se acaba de decir: *«Santa Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, habla de un “Castillo interior”: la realidad del alma habitada en el centro por Su Majestad, que hay que descubrir y debe iluminarlo todo durante la vida superando las distintas pruebas. Y éste es un culmen de santidad en un camino sobre todo personal, aunque luego ella arrastraba a todas sus hijas a esta experiencia.*

Pero ha llegado el momento —al menos ésta es nuestra vocación— de descubrir, iluminar y edificar, además del Castillo “interior”, también el Castillo “exterior”.

Nosotros vemos todo el Movimiento como un Castillo exterior, donde Cristo está presente e ilumina todas sus partes, del centro a la periferia.

*Pero si tenemos en cuenta que esta nueva espiritualidad que Dios ofrece a la Iglesia llega incluso a responsables de la sociedad y de la Iglesia, comprendemos inmediatamente que este carisma no hace un Castillo exterior sólo de nuestra Obra, sino que tiende a hacerlo con el tejido social y eclesial»*⁶.

Hasta aquí el alcance que podemos dar al texto de 1950 y a la nota posterior de Chiara, en la cual reconoce que posiblemente ya entonces conocía algo de la doctrina del “Castillo interior” de santa Teresa. En realidad cuando Chiara conocerá en profundidad los escritos de Teresa será en el año 1961.

El encuentro con santa Teresa

En la primavera de aquel año, Chiara tenía previsto un largo viaje a América para

visitar todas las comunidades presentes en el Nuevo Continente, florecidas ya desde los Estados Unidos hasta Argentina. Sin embargo, inesperados problemas de salud obstaculizaron la realización de aquel proyecto, al menos en su totalidad. Se decidió reducir el viaje: Chiara visitaría únicamente a los miembros del Movimiento de la América meridional.

Cuando llegó el momento de partir, Bruna Tomasi, una de las primeras compañeras de Chiara, le regaló un volumen con las obras completas de santa Teresa, para que pudiera leerlo durante el viaje. Cosa que ocurrió durante el regreso. Chiara misma nos cuenta los efectos que aquella lectura le produjo: «[...] fue una experiencia grandiosa para mí, verdaderamente. [...] fue maravilloso encontrar esto: que yendo por nuestro camino, que parece el opuesto, en vez de estar encerradas dentro como en estricta clausura, [...] como lo están ellas, [nosotros] lanzados en medio del mundo [...] en medio de todos los peligros, en medio de todas las cosas, vi por lo poco que conozco de las almas de algunas y de algunos, [...] que los efectos de la unión con Dios son idénticos, idénticos en un modo espeluznante.

Y esto produjo en mí dos efectos: el primero, tener una consideración de mi ideal como nunca lo había tenido, hasta tal punto que decía a los nuestros [...]: dos cosas me confirman que la Obra [de María, n.d.r.] es de Dios, la primera que la Iglesia aún no la ha disuelto y por tanto hay esperanza de que diga claramente que es Obra de Dios; según S. Teresa de Ávila. Porque es demasiado evidente [...] la identidad de los efectos, no de las causas, porque las causas son distintas: nosotros en medio del mundo, los otros encerrados. Demasiado evidente. Y esto nos confirma que estamos en el camino de Dios»⁷.

Diez años después, en 1971, en ocasión de un encuentro ecuménico católico-ortodoxo, Chiara cuenta de nuevo esta experiencia, añadiendo algunos detalles impor-

tantes: «En el año 1961 [...], leyendo los libros espirituales de la gran contemplativa española Teresa de Jesús, pudimos aprender que la vida del alma, lo mismo que la del cuerpo, pasa por distintas edades, por diferentes etapas con características específicas, con pruebas de Dios bien precisas, y con efectos típicos después de haber superado cada prueba.

En la experiencia espiritual de la “construcción” del “castillo exterior” se desplaza el centro de la interioridad del individuo a la interioridad del mismo Dios, la cual se alcanza sólo en la *kénosis* del propio yo, que sale de sí mismo hacia el hermano, momento en que, si el hermano corresponde con la reciprocidad, se establece la presencia de Jesús entre ambos, y es en la “interioridad” de Jesús donde las dos almas pasan a establecer su demora. Se tiende, por decirlo de alguna manera, a vivir en la tierra al estilo de la Trinidad.

Pues bien, con enorme sorpresa y maravilla, conociendo la vida espiritual de los miembros del Movimiento, observamos que también ellos, viviendo la espiritualidad evangélica de la unidad, atravesaban las mismas etapas, pruebas análogas y experimentaban efectos a menudo idénticos a los descritos por Teresa de Jesús. A pesar de que el nuestro es un camino que se lleva a cabo en medio del mundo y el de Teresa en un convento, el crecimiento de la vida del alma era análogo en ambos. Esta constatación nos maravilló, nos llenó de gratitud y nos empujó a continuar con empeño creyente el camino que estábamos recorriendo»⁸.

Ambos textos son de una importancia fundamental para poder entender correcta-

mente lo que la lectura de los escritos de santa Teresa produjo en Chiara.

Sólo en el primero aparece la referencia a la aprobación de la obra de Maria por parte de la Iglesia: *«dos cosas me confirman que la Obra es de Dios, la primera que la Iglesia aún no la ha disuelto y por tanto hay esperanza de que diga claramente que es Obra de Dios»*.

Sobre este punto conviene pararnos, porque nos ofrece el contexto y la clave de lectura para comprender mejor la “exultación” de Chiara.

El Movimiento de los Focolares en los años 1961-1962

En 1961 el Movimiento atravesaba un momento muy delicado. Parecía inminente la publicación del decreto de disolución del mismo por parte de la Iglesia. Durante los años cincuenta, muchos obispos italianos habían manifestado perplejidades acerca de la recta doctrina del Movimiento: se hablaba de “unidad” y se ponían los bienes en común, y esto rozaba la doctrina comunista; se hablaba de las Sagradas Escrituras, y esto les hacía sospechosos de una tendencia “filo-protestante”. Y luego esa relación tan estrecha entre hombres y mujeres, en su mayoría aún bastante jóvenes, provocaba las lógicas habladurías...

En definitiva, el Movimiento naciente *«se salía de los cánones tradicionales de las asociaciones laicales y, por su novedad, suscitaba no pocas preocupaciones pastorales y doctrinales en algunos prelados»* ⁹. Por tal motivo, Chiara había sido requerida en diferentes ocasiones por el “Santo Oficio” (hoy “Congregación de la doctrina de la fe”) para responder a tales acusaciones. Como incluso se llegó a presentar más de una vez, tanto a Pío XII como a Juan XXIII, el decreto de disolución, pero siempre uno y otro pontífice se negó a firmarlo y animaron a insis-

tir en el estudio del Movimiento y de su doctrina.

Quien mantuvo en todo momento una confianza absoluta en Chiara y en el Movimiento de los Focolares fue el Arzobispo de Trento, Mons. Carlo De Ferrari, el cual –hastiado de las acusaciones contra los “focolares” que llegaban a él– publicó el 12 de septiembre de 1956 una declaración al respecto que, como podemos leer a continuación, por el tono empleado, era por su parte evidentemente definitiva: *«¡A cualquier persona! Lo que yo pienso de los FOCOLARES se dice en dos palabras. Los he visto nacer en mi diócesis y los he considerado siempre un grupo excepcional de almas limpiadas, que, con sus vidas, edificantes en todo sentido, con su espíritu genuino de caridad y con su ardiente apostolado, ofrecen la prueba demostrada de que en este pobre mundo “encaminado a la ruina” aún hay cristianos capaces de conquistar las cimas más arduas de la virtud, las más avanzadas trincheras del bien.*

Los observo desde hace doce años, vigilante y atento, y no sólo no he hallado nunca motivo de reprobación, sino que siempre he encontrado motivo, el más amplio y pleno, de consuelo y alegría, como raramente me ha sucedido en más de 50 años de ministerio pastoral. Lo he dicho, lo he escrito en otra ocasión y lo repito: ¡OJALÁ FUERAN LEGIÓN LOS FOCOLARINOS!» ¹⁰.

El tono empleado por Mons. De Ferrari hace intuir hasta qué punto llegaban el número y el contenido de las acusaciones y denuncias contra el Movimiento.

En cualquier caso, aun reconociendo el inmenso dolor de esta situación, que se prolongó por más de un decenio, sorprende cómo Chiara ha considerado siempre esos años, como un «período bendito». Y cómo su confianza en la Iglesia fue siempre absoluta, hasta el punto que *«varias veces llegó a decir a los más íntimos que si se hubiera llegado a disolver el Movimiento, todos habrían obedecido esa decisión»* ¹¹.

Esto, lógicamente, no puede ser sino fruto de una mirada sobrenatural sobre dichos acontecimientos. Mirada que le viene de la pasión que arde en su corazón por Aquel que ella ha escogido como único esposo de su alma, y que le hace verlos “con los ojos de Dios”: *«Fue un período de sufrimiento para nosotros [...] Hasta que recibimos la aprobación oficial del Papa, pasamos por un período de suspensión, incertidumbre y abandono. Muchos factores empezaron a destacarse para nosotros durante aquellos años. Ante todo, un amor apasionado por Jesús crucificado y abandonado, que siempre nos sostuvo. Lo habíamos elegido a él y ahora él se presentaba en gran estilo. Fue una oportunidad para demostrarle nuestro amor sincero. Y también estaba nuestra firme convicción en la maternidad de la Iglesia que sólo nos podía venir directamente desde lo Alto. Y, finalmente, fue un período de frutos extraordinarios.*

El Movimiento, que ya se había expandido por distintas partes de Europa, ahora comenzaba a llegar a otros continentes. Vimos el comienzo de su obra ecuménica y su penetración inicial en países tras el Telón de Acero para ayudar a la Iglesia en Europa Oriental. Fue, por tanto, un período bendito, inmensamente bendito: “Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24)»¹².

Los frutos de un parto

Ahora podemos entender el gozo de Chiara al descubrir, justo cuando se encontraba en el momento álgido de ese período, en los escritos de una Santa de la categoría de Teresa de Jesús, venerada por la Iglesia como una de sus hijas predilectas, que los frutos que se producían en el alma de aquellos que se iban adentrando en las diferentes moradas del “Castillo interior” eran «idénticos» a los que se producían en quienes seguían la vida evangélica basada en la “espiritualidad de la unidad”.

Y tan fuerte fue esta experiencia para Chiara que, desde el verano de 1961 hasta el verano de 1962, prácticamente no hubo conversación o tema en el que ella no hablase de Teresa y del “Castillo exterior”. Porque, si se producían frutos de santidad, entonces no había duda de que el movimiento era obra de Dios y que, tarde o temprano, la Iglesia, que es madre, reconocería en él a un hijo de su seno.

«Nosotros vemos todo el Movimiento como un Castillo exterior, donde Cristo está presente e ilumina todas sus partes, del centro a la periferia.

Pero si tenemos en cuenta que esta nueva espiritualidad que Dios ofrece a la Iglesia llega incluso a responsables de la sociedad y de la Iglesia, comprendemos inmediatamente que este carisma no hace un castillo exterior sólo de nuestra Obra, sino que tiende a hacerlo con el tejido social y eclesial».

Hablando nuevamente de ese período de “prueba”, Chiara hace otra referencia, a santa Teresa: *«El período que sigue se puede comparar con una sucesión de dolores, semejantes a los que preceden al nacimiento de una criatura, ecos parciales del grito de Jesús. En aquel tiempo nos sirvió de consuelo conocer a fondo a santa Teresa de Jesús. Antes de la aprobación de su Obra, el Señor había permitido que temiera muchas veces la supresión de la misma. Y cuando llegó la noticia de la aprobación —dice la historia—, la santa pareció muy rejuvenecida. Lo mismo para nosotros. Aquellos dolores tenían siempre un único motivo de fondo: el temor a la disolución de la Obra. Lo cual habría tenido que convencer a nuestra mente y a nuestro corazón de que la nuestra no era Obra de Dios, sino obra humana: exactamente como Jesús, que en el*

*abandono parece sólo hombre. Pero ¿cómo podíamos pensarlo? Jesús había muerto, pero también había resucitado. Pero entretanto sufríamos»*¹³.

El 23 de marzo de 1962, Juan XXIII aprobaba oficial y públicamente el Movimiento de los Focolares. Las palabras que siguen revelan aún más la actitud de alma con que Chiara vivió todas esas circunstancias: «*Dios guiaba a la Iglesia y la iluminaba para no dejarnos en el abandono. Él había sido su fundador y el arquitecto de la maravillosa Obra que debía nacer, y la había alimentado con su Espíritu. Había sido forjada únicamente por Él. Y cuando la vio espléndida, cuando la vio completa en sus partes esenciales, llegó la hora del nacimiento, el 23 de marzo de 1962, no sin el dolor que éste comporta»*¹⁴.

Un nuevo camino de santidad

Una vez explicado el contexto histórico del movimiento en los años 1961 y 1962, sólo unas palabras sobre esa «espluznante» identidad de efectos espirituales a la que Chiara hacía referencia.

Ante todo, si bien se da esa identidad, los caminos seguidos por una y otra espiritualidades son completamente distintos, es más, parecen «opuestos»: el de Teresa exige «clausura estrecha», mientras el de Chiara exige estar «lanzados en medio del mundo».

Parecería, por tanto, que el itinerario que propone la espiritualidad de la unidad, lanzándose en medio de los hombres, prescindiera de buscar la unión con Dios a la que conduce el camino contemplativo de santa Teresa. Sin embargo, si leemos el siguiente pensamiento espiritual de Chiara, esa aparente disonancia queda resuelta:

«He aquí lo más fascinante de nuestro tiempo:

penetrar en la más alta contemplación y permanecer mezclado con todos, hombre entre los hombres.

Diría aún más: perderse en la muchedumbre para impregnarla de lo divino, como se empapa un trozo de pan en vino.

Diría aún más:

siendo partícipes de los designios de Dios sobre la humanidad,

trazar en la multitud estelas de luz

y, al mismo tiempo, compartir con el prójimo la injuria, el hambre, los golpes, las breves alegrías.

Porque lo fascinante de nuestro tiempo, como de todos los tiempos, es lo más humano y lo más divino que se pueda pensar:

Jesús y María:

el Verbo de Dios, hijo de un carpintero;

*la Sede de la Sabiduría, ama de casa»*¹⁵.

En esta “meditación” Chiara deja bien claras dos cosas: la primera es que su vocación, al igual que la de Teresa, busca no sólo la contemplación, sino la «*más alta contemplación*», la de Jesús y la de María; la segunda es que su encuentro con Dios se debe producir «*codo a codo con los hombres*», es decir, en medio de la gente, es más, de la «*muchedumbre*», pero para hacer que también ésta quede «*empapada*» de ese «*divino*» en el que se quiere penetrar y vivir, para ser partícipe de todas las realidades humanas en que el prójimo se halle sumergido: «*injuria, hambre, golpes, las breves alegrías*», proyectando sobre ellas la luz que hace ver todas esas realidades desde Dios.

Podríamos encontrar aquí un paralelismo entre la cristología soteriológica y lo que Chiara se siente llamada a realizar. El Verbo se abajó a nuestra condición humana «despojándose de su condición divina» (cf. *Flp* 2,5-11), como dice Pablo, pero para elevar a la humanidad a su misma condi-

«Vimos el comienzo de su obra ecuménica y su penetración inicial en países tras el Telón de Acero para ayudar a la Iglesia en Europa Oriental. Fue, por tanto, un período bendito, inmensamente bendito: “Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto”».

ción: la divinidad (cf. *Jn* 1,12). Chiara, sintiéndose con quienes siguen su camino «partícipe del designio de Dios sobre la humanidad», quiere compartir todas las realidades humanas, prefiriendo las más duras y dolorosas, para que todos los hombres compartan con ella la realidad divina que le inunda el alma.

Y así, Chiara observó que «el crecimiento de la vida del alma era análogo» en ambos caminos: «las mismas etapas», «pruebas análogas», «efectos a menudo idénticos».

Por lo tanto, lo que Teresa aporta a Chiara no es un camino espiritual que seguir, sino la conciencia de que su camino espiritual produce efectos de santidad, que es un camino que conduce a la santidad. En una conversación mantenida con los focolarinos casados en 1961, Chiara dice: «Santa Teresa nos ha servido a nosotros verdaderamente para revelarnos que nuestro camino es un camino de santidad. Por tanto, nos ha empujado a caminar por nuestro camino y lo ha hecho a través de la vida con aquellas famosas aguas que son escalones cada vez más intensos de amor de Dios, [...] y así nosotros hemos entendido, especialmente nosotros focolarinos, que ciertas experiencias alguno también las ha probado»¹⁶.

Se entienden así las palabras llenas de gratitud hacia santa Teresa que Chiara escribió en el “libro de oro” del Monasterio de la Encarnación de Ávila, con ocasión de su visita el año 2002: «Gracias S. Teresa por todo lo que has hecho por nosotros a lo largo

de nuestra historia. ¡Gracias! Pero el gracias más hermoso te lo diremos en el Paraíso. Sigue velando por todos nosotros, por nuestro “Castillo exterior” que el Espíritu ha suscitado en la tierra para completar tu “Castillo interior” y hacer que la Iglesia sea tan bella como tú la deseabas. ¡Hasta pronto, S. Teresa! Te abraza, Chiara»¹⁷.

Ahora indudablemente Chiara le habrá podido decir ya “el gracias más hermoso” y ambas se encontrarán conviviendo juntas en el mismo y único Castillo: el seno de la Trinidad.

¹ 1 Bibliografía: J. Castellano Cervera, *Del “Castillo interior” al “Castillo exterior”*, en *Unidad y Carismas* 54 (2005) 11-16; G.M Zanghì, *El Castillo exterior en Nuova Umanità* 3-4 (2004) 371-376.

² Cit. por J. Castellano Cervera, *o.c.*, p. 11.

³ *Ibid.*

⁴ Inédito.

⁵ Cf. C. Lubich, *Paraíso ‘49*, en *Nuova Umanità* 3 (2008) 285-296.

⁶ Id., *Un camino nuevo. La espiritualidad de la unidad*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, p. 29.

⁷ Id., Inédito, pro manuscrito de la transcripción de la grabación (Grottaferrata) 29.8.1961.

⁸ Id., *Cristo a través de los siglos. El Evangelio encarnado por los santos*, Ciudad Nueva, Madrid 1995, p. 197.

⁹ E.M. Fondi - M. Zanzucchi, *Un pueblo nacido del Evangelio. Chiara Lubich y los Focolares*, Ciudad Nueva, Madrid 2005, p. 100.

¹⁰ C. Lubich, *El grito*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 64-65.

¹¹ E.M. Fondi - M. Zanzucchi, *o.c.*, p. 102.

¹² J. Gallagher, *La obra de una mujer: Chiara Lubich. El Movimiento de los Focolares y su fundadora*, Ciudad Nueva, Buenos Aires 1997, p. 117.

¹³ C. Lubich, *El grito*, cit., pp. 81-82.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 84-85.

¹⁵ Id., *Meditaciones*, Ciudad Nueva, Madrid, 20069, pp. 11-12.

¹⁶ Id., Inédito, pro manuscrito de la transcripción de la grabación (Grottaferrata, 7 de diciembre de 1961) p. 3.

¹⁷ AA.VV., *Chiara Lubich en España. Crónica de un viaje. 26 de noviembre–9 de diciembre de 2002*, Ciudad Nueva, Madrid, 2003, p. 89.

Benedetto Calati: Hombre de Dios, amigo de los hombres

Gracia Paris

Monje camaldulense, una de las figuras más interesantes del siglo XX en el diálogo entre fe y cultura, en el ecumenismo, en la renovación de la Iglesia posconciliar.

BENEDETTO Calati (1914-2000) nació en una familia humilde y pobre, pero rica en humanidad, inteligencia y espíritu de oración. En 1926 entró en el noviciado de los carmelitas, huyendo una noche de julio de 1930 para irse a la Camáldula, en busca de la radicalidad de la vida contemplativa. Comienza el noviciado en el Santo Desierto, cambiando su nombre de Luis por el de Benedetto.

En 1932 emite la profesión monástica y, después de haber terminado los estudios teológicos, recibe la ordenación sacerdotal en 1937. Dos años después fue enviado al monasterio de Fuente Avellana como maestro de los jóvenes clérigos, donde se dedicó al estudio intenso de las fuentes originarias de la congregación camaldulense y de los Padres de la Iglesia, que continuará durante toda su vida, especialmente de Gregorio Magno. De 1951 a 1969 fue superior del monasterio de san Gregorio al Celio, en Roma, y procurador de su congregación ante la Santa Sede.

En un período duro para la vida de la congregación camaldulense, particularmente en lo que se refiere a las relaciones con las autoridades eclesiásticas, en 1969 fue elegido prior general, ejerciendo este servicio durante 18 años y dando un impulso decisivo a la profunda renovación de la vida monástica.

Desde 1951 hasta los primeros años ochenta, fue profesor de Espiritualidad monástica medieval en el instituto monástico del Pontificio Ateneo San Anselmo. Además, enseñó por algunos años Teología Espiritual en la Pontificia Universidad Lateranense, Exégesis Patrística en el Pontificio Instituto Bíblico y Espiritualidad Monástica en el Instituto de Teología de la Vida Consagrada Claretianum.

Un profeta

Aun permaneciendo apartado de los escenarios, Calati ha sido una de las figuras más incisivas para la vida de la Iglesia italiana, en

la renovación que siguió al Concilio Vaticano II, sobre todo por lo que se respecta al redescubrimiento de la *lectio divina* en el acercamiento a la Biblia, según el método de los monjes y de los Padres de la Iglesia. Persiguió con determinación la renovación de la vida monástica y se abrió con mucha generosidad al movimiento ecuménico, acogiendo tres sesiones nacionales del Secretariado para las Actividades Ecuménicas en los años 68-70 y respondiendo positivamente a la propuesta de emprender, precisamente en la Camáldula, los “Coloquios judeo-cristianos”.

Promovió el paso de la estabilidad monástica en la Camáldula de B. Griffith, conocido monje anglo-indio, heredero en Shantivanam del *ashram* fundado en Tamil Nadu (Sur de la India) por dos grandes pioneros del diálogo interreligioso J. Monchanin y H. Le Saux. En los últimos años de su servicio como prior general, alentó el movimiento “Itinerarios y Encuentros” entre creyentes y no creyentes, abriéndoles las puertas del desierto camaldulense de Monte Giove (Fano).

Con su personalidad, universalmente reconocida como profética, y gracias a su enorme capacidad de acogida, Calati fue para muchos en Italia –cristianos y no cristianos– un referente importante. Supo ir mucho más allá de los confines confesionales con el sincero deseo de aprender de todos, hombres y mujeres, aunque fuesen de otras ideologías o estructuras, eclesiales o no, cuando percibía en ellos una sincera búsqueda de la verdad y de la justicia. Del otro le interesaba su humanidad y autenticidad, dotes que le permitían descubrir en él a un hermano o hermana a quien amar con amistad sincera.

Estar en la frontera

Otra de sus características fue la de una confianza absoluta en la acción del Espíritu Santo, «que todo lo renueva continuamente» (cf.

Ap 21, 5). De aquí su deseo constante de estar en situación de frontera, arriesgando si era necesario sufrimiento, y hasta podríamos decir, el martirio provocado por el juicio de los hombres considerados importantes en la Iglesia y en la sociedad. Fue cercano, por ejemplo, a los llamados “comunistas cristianos”, cuando el Santo Oficio los amenazó con la excomunión (1948). Acogió con paternal benevolencia a sacerdotes en crisis afectiva, que buscaban comprensión en sus dramas personales, lo mismo que a hombres políticos que consideraban oportuno tomar opciones no compartidas por las indicaciones pastorales oficiales de la Iglesia italiana. Mantuvo una amistad afectuosa y fiel, considerada escandalosa por muchos, con otras personalidades comunistas italianas.

En sus últimos años, Benedetto viajó continuamente por toda Italia, para comunicar el don de la Palabra que brotaba con ímpetu de su corazón. Durante uno de estos viajes, en una tarde calurosa de julio de 1995, le sobrevino un ictus, del que se recuperó suficientemente, aunque con esfuerzo y tercamente, consiguiendo una aceptable capacidad de hablar, de escribir y un cierto grado de movilidad. El senador R. La Valle, en un texto editado recientemente, recuerda el afecto que caracterizó el último encuentro de Calati, ya profundamente afectado por su enfermedad, con amigos del mismo ámbito cultural y político, que tuvo lugar en Monte Giove en el verano de 2000, unos meses antes de su muerte.

En un artículo del diario italiano *Il Manifesto*, el 10 de junio de 1994, a propósito de los encuentros de Monte Giove, se leía: «No es casual que el lugar más propio para los encuentros sea el de Benedetto Calati, estudioso de Gregorio Magno, hombre de tiempos de crisis, cuando había caído el Imperio Romano y Roma se preguntaba quiénes eran los bárbaros y qué significaba la latinidad. La patrística es el pensamiento aún no totalmente codificado, en búsqueda, el

de las épocas de los grandes cambios. Pero escuchamos a los místicos, por los que estamos salvados, nos importe o no. Benedetto Calati nos mira de otro modo: él sigue en la historia la palabra de la profecía, nosotros leemos la profecía como problema de la historia. La revelación queda al lado, terreno suyo que no le urge compartir. Lo que podemos compartir es la amistad, el respeto, un tiempo separado de la cotidianidad, las horas del desierto, algún silencio».

Los laicos: el gran recurso de la Iglesia

La fe en la encarnación de Dios y el reconocimiento de la indisponible alteridad de Dios lo hicieron apasionado interlocutor y oyente de los demás, con-buscador con ellos. La oración litúrgica y la lectura de la Escritura, estructuras básicas de la vida monástica, las vivió intensamente a la luz de la encarnación del Verbo de Dios y en la perspectiva de la historia de la salvación.

Así, su mística no se opuso a la historia, a su concreción y laicidad, sino que se dejó interrogar y estimular por ella, con ella se sabía solidario y a ella se sintió dirigido. Por esto, siendo monje y presbítero, no se limitó a “apreciar” y “animar” a los laicos, aunque lo hizo con fuerza, sino que llegó hasta el extremo de decir que este es el tiempo de ellos y que ellos han de hacer explotar el mundo. Pero la raíz de tal apertura fue mucho más profunda y amplia que una simple reacción a la subordinación clerical de los laicos. Fue testigo del misterio que es laico y divino a la vez, constituido en laicidad en virtud de la modalidad misma de la obra de creación y de salvación.

Maestro porque fue discípulo

Calati fue un autodidacta que, en el contexto tan difícil en el que creció, tuvo que emplear todas sus fuerzas para entrar en la lectura y comprensión de cuanto considera-

ba indispensable para su crecimiento espiritual. Descubrió a maestros, sobre todo del pasado, que aunque los conoció sólo mediante sus escritos, fueron para él personas vivas a las que interpelaba y por las que se dejaba interpelar, en una dialéctica recíproca a veces muy fuerte, pero también en una intimidad extremadamente profunda y cargada de eros. Fue un estudioso que privilegió las razones del corazón sobre las razones de la inteligencia, porque de hecho las razones del corazón prevalecieron a menudo en él por encima de las razones de la pura lógica racional.

Le supuso una gran riqueza la lectura precisa, crítica y simpatética de los autores del siglo xx que estimularon su reflexión y que criticó sistemáticamente, partiendo de la tradición que él conocía, aunque fuera como autodidacta, y de lecturas, consejos y provocaciones de tipo más resultadamente académico, debido al contacto con algunos amigos, personalidades determinantes en el desarrollo de su pensamiento, tanto en la reflexión teológica, como en la cultura general, o en el plano más estrechamente vinculado con la investigación sobre la espiritualidad.

La historia es siempre una historia salutis

Gracias a su investigación personal, a la lectura de los autores más conocidos de su tiempo, a la amistad con personajes de extraordinario valor, Calati comenzó a elaborar una síntesis personal de espiritualidad cristiana, entendida como *historia salutis* continuamente realizada, representada mediante el gran tema tradicional de la “vuelta al paraíso”.

Según él, el misterio de la alianza está totalmente dentro de la *historia salutis*, en la cual se encuentra el único camino para entrar en la vida divina, utilizando los instrumentos propuestos por la Iglesia: Escritura, Padres y liturgia, que en la Iglesia tienen su

Unidad y Carismas

habitat natural y a la Iglesia tienden en el ejercicio de la caridad perfecta.

De hecho, en el pensamiento de Calati, la *historia salutis* parte de la experiencia paradisíaca originaria, interrumpida por la libre opción del hombre, que lo arroja fuera del paraíso, y prosigue luego con la repetición continua de intervenciones divinas en la historia de los patriarcas, de los jueces, de los reyes y de los profetas de Israel. Estas intervenciones tienden a impulsar al hombre a abrir los ojos y emprender un camino de vuelta, hecho finalmente posible por Jesús de Nazaret, Mesías y Señor, que promete al buen ladrón y, a través de él, a toda la humanidad: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43).

De aquí la centralidad del misterio de Jesús de Nazaret, reconocido como Cristo y Señor, y de los medios sacramentales a través de los cuales el hombre, asociado a la cruz, muerte y resurrección, realiza el retorno que el Padre quiere. La comunión con la Iglesia, nacida del anuncio de la Palabra, alimentada por la Palabra y por el sacramento, es ya prenda, en esta tierra, de la plenitud esperada en los cielos.

Una de las ideas fundamentales es que no puede darse experiencia mística mayor que la garantizada por la comunión con Cristo, mediante el sacramento. Palabra y sacramento, Escritura y liturgia son los dos raíles sobre los cuales corre su itinerario espiritual hacia el cumplimiento escatológico y la realización de la “vuelta al paraíso”.

Para fundamentar histórica, teológica y existencialmente esta intuición suya, hace investigaciones, no necesariamente sistemáticas, sobre la gran tradición cristiana. En algunos autores, sus investigaciones alcanzan gran profundidad, pero todo su estudio supone siempre la enseñanza básica de Gregorio Magno.

Para Benedetto, san Gregorio es el modelo por excelencia. De este hombre *admirabilis*, él subraya la humanitas romana,

pero sobre todo la armonía y el equilibrio perfecto de la vida activa y contemplativa juntas. Gregorio es el modelo del monje, así como del padre y del obispo. La *Regula pastoralis* de Gregorio, sus *Homilias sobre Ezequiel* y sobre los *Evangelios*, alimento diario del pensamiento de Calati y de su tensión cristiana, monástica y misionera, se colocan en contacto estrechísimo con la *Regula monachorum*.

El camino hacia el paraíso nace, según él, dentro de la Iglesia, reconoce en la celebración sacramental su fuente y su culmen, se coloca en la escuela de Gregorio Magno, pero después halla garantía por algunas disciplinas concretas de vida, como la praxis cotidiana de la *lectio divina*, entendida no como un simple encuentro con el libro de las Escrituras, sino como un continuo relacionarse del texto con el lector del texto y viceversa. «Las palabras divinas crecen junto con quien las lee», máxima gregoriana por excelencia, que alimentó siempre la reflexión de Benedetto y que no lo dejó hasta los últimos días de su vida.

La profecía, llave de toda interpretación

La historia de los hombres, con la que se confrontó diariamente a la luz de la *lectio divina*, encarna el texto escriturístico, haciendo estallar la profecía. El mismo texto –subraya frecuentemente– revela dimensiones cada vez más profundas, conforme el interlocutor del texto se vuelve cada vez más profundo y exigente.

Esta apertura continua del texto concluye en una superación igualmente continua de toda prescripción literal, así como de cualquier otra prescripción que pueda ser descubierta como restrictiva de la libertad del Espíritu, sea institucional, carnal, legal, disciplinar, etc. No niega nunca la letra, ni la ley, ni la institución, ni menos aún la carne o la historia, y sin embargo no se detiene

nunca en ninguna de estas manifestaciones, insistiendo en que hay que captar sistemáticamente el espíritu de todas estas cosas.

Esta es la profecía de Calati. Un hombre muy terrestre, muy vinculado a las exigencias del cuerpo, a los sentimientos del alma, a los afectos, a la historia, y sin embargo proyectado continuamente hacia la libertad que es propia del Espíritu. Lo que vivió en su persona pensó tenerlo que realizar dentro de su comunidad y de la Iglesia, no contentándose tampoco con los límites de la Iglesia, deseoso siempre de proseguir más allá, hasta implicar a sus amigos no creyentes y a la humanidad entera, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva de la realidad escatológica.

Una vida unificada

La reflexión teológico-espiritual de Calati tiene en cuenta lo arduo de la travesía pero no olvida nunca el objetivo de la «*vuelta al paraíso*». De ahí su propuesta de una vida unificada, que impone de hecho un continuo ir más allá de cualquier contraposición que no se resuelva en la unificación, siempre buscada aunque sólo esperada conscientemente para el final de los tiempos. Ninguna contraposición, pues, entre historia y espíritu, entre dialéctica y experiencia espiritual, entre institución y carisma, así como no hay ninguna posibilidad de oposición, en el caso específico de la vida cristiana y monástica, vida activa y vida contemplativa.

El modelo que tiene ante sí es siempre el de la vida unificada; un modelo que él encuentra en todos los aspectos de la vida cristiana. Lo encuentra en la visión unitaria de los dos Testamentos, porque no puede haber contraposición entre el Dios creador del Antiguo Testamento y el Dios redentor del Nuevo Testamento, así como no puede haber contraposición entre Sinagoga e Iglesia. Lo encuentra en la unidad sustancial entre el hombre y el cristiano, entre hombre y mujer,

entre historia vivida en esta tierra e historia plenamente realizada al final de los tiempos.

Si el objetivo es la “vuelta al paraíso” y esta vuelta comporta una vida unificada, el punto de llegada no puede dejar de coincidir con la caridad perfecta. Sea cual sea el camino a recorrer para alcanzar este objetivo, el punto de llegada ha de ser perseguido por todos, cada cual según su propia sensibilidad y según la llamada particular recibida del Espíritu, el *pleroma*, o sea, la plenitud de la “vuelta al paraíso” y de la caridad perfecta. Una vez alcanzada esta cima de la experiencia cristiana, se da por descontado que la caridad perfecta se vierta fuera de sí, expandiéndose en la participación con los hombres.

En el último período de su vida, con todos los estigmas de su itinerario personal, que en algunos períodos fue extremadamente rígido en el plan ascético y, por tanto, marcado por las consecuencias de una vida solitaria llevada con extremo rigor, había superado todo esto gracias al descubrimiento de la perfección del amor. De todos los títulos que se podrían haber dado, el único que aceptó para sí, quizá riéndose –subraya P. Gargano en sus pinceladas biográficas– fue el de profeta. No porque Benedetto se autodefina profeta, sino porque se consideró sencillamente portador de la Palabra de Dios. Profeta como quien trata de utilizar siempre la luz de la Palabra de Dios para sondear la historia.

En este sentido, Calati fue un contemplativo perfectamente inserto en la historia. Su enseñanza aún ayuda a sus contemporáneos a no quedarse en la superficie de la historia, sino a descubrir sus profundidades, revelando que en la profundidad, incluso las situaciones más angustiosas, dramáticas y absurdas de la historia humana, encierran siempre un mensaje positivo de amor. Cada una de estas manifestaciones forma parte integrante de la única *historia salutis* que Dios escribe, respetando en todo y para todo la libertad de los hombres.

Unidad y Carismas

Un movimiento eclesial ante los desafíos actuales

Darci Rodríguez

Focolares: corresponsabilidad y comunidades locales. Fidelidad al carisma recibido y búsqueda de respuestas concretas. El compromiso de todos para construir una auténtica comunidad.

EN septiembre del 2009 tuvo lugar el primer encuentro, después de la muerte de Chiara Lubich, de todos los dirigentes del Movimiento de los Focolares (Obra de María). Fue un momento especial en el que vivimos el paso de la fundadora a la presidenta María Voce (Emmaus), que un año antes había sido elegida en la asamblea general de la Obra de María, junto con el co-presidente, Giancarlo Falletti, y los consejeros y consejeras centrales.

La herencia más importante

En este momento histórico sentimos en el Movimiento la exigencia de ser fieles a la herencia más importante que Chiara nos había dejado: la presencia de Jesús “en medio” de nosotros (cf. *Mt.* 18, 20), que ella misma quiso poner en nuestros estatutos como premisa de toda otra norma.

En una región, el corazón del Movimiento está constituido por los “focolares”, pe-

queñas comunidades de focolarinos o de focolarinas, consagrados a Dios. En torno a ellos hay un amplio abanico de personas - miembros y adherentes- de todas las vocaciones, edades y categorías sociales, con diferentes tipos de compromiso, que forman las “comunidades locales”.

Emmaus ha puesto de relieve en diferentes ocasiones que en la Obra de María todos son “corresponsables”.

En el encuentro mencionado, en un gran clima de comunión, se vio la necesidad de abordar un nuevo planteamiento general para poder responder así a las exigencias de la Obra en diferentes partes del mundo, especialmente en algunos países con dificultades particulares. Esta reestructuración tenía también la finalidad de reforzar el número de las personas que formasen parte de los focolares, respondiendo así a la idea de la fundadora de que estuvieran compuestos por un número de miembros no inferior a cuatro.

Situación y perspectivas

A este respecto me parece importante lo que María Voce dijo al año de su elección, respondiendo a algunas preguntas de la revista “Città Nuova” (junio de 2009). La primera era: *«¿Qué es lo que más te preocupa en el Movimiento?»*. *«Tengo la impresión –respondió María Voce– de que hemos crecido demasiado deprisa por lo que respecta a las manifestaciones y realidades externas del Movimiento. Me explico. Chiara tenía que fundar todo aquello que Dios le inspiraba, pero constatamos que no llegamos a todo lo que Chiara ha hecho. La dificultad se ve cuando uno comprueba que, comenzando por mí misma, no se logra estar a la altura de la grandeza de la finalidad de una Obra de Dios. Por eso mismo debemos comprender bien qué es lo que puede ser ahora prioritario en el Movimiento, sabiendo que Chiara hizo nacer todo, y que todo ello habrá que irlo realizando poco a poco. Pero quizá no todo al mismo tiempo, ni todo inmediatamente»*.

La segunda: *«¿Entonces, en qué habría que insistir?»*. *«Me parece –añadió– que ahora habría que volver a insistir en el testimonio personal, en la conversión al evangelio día a día, en la formación de comunidades auténticas, en las que las relaciones sean verdaderamente vitales y fuertes. De aquí nacerán también las grandes manifestaciones, que sirvan para dar a conocer la vida; pero ahora es tiempo de insistir en aquello que se debe transmitir más que en las mismas manifestaciones»*.

Custodiar una presencia

Las palabras de Emmaus son el eco de lo que siempre había indicado Chiara, es decir, que lo que vale es la vida, es custodiar entre nosotros la presencia de Jesús, para que sea él, después, quien guíe el Movimiento.

Sin duda era importante también hacer una profunda reflexión sobre la situación de

los focolares y de las comunidades locales, para poder comprender de forma adecuada en el momento actual realidades que nosotros considerábamos fundamentales: focolarinos y focolarinas, nuevas generaciones, formación de los miembros y una adecuada descentralización.

En diferentes encuentros del consejo general tenidos en los meses precedentes, estando unidos entre nosotros, se había intentado buscar respuestas a estos argumentos, y nos decíamos que era importante vivir también una experiencia profunda de comunión con los delegados de la Obra en el mundo cuando ellos vinieran al encuentro.

Estábamos convencidos de que, durante el encuentro, a través de la escucha, el diálogo profundo y el intercambio de experiencias en los diferentes grupos de trabajo, encontraríamos las respuestas y el ritmo adecuado para llevar adelante el Movimiento, permaneciendo fieles a la herencia recibida de Chiara y construyendo, momento por momento, aquello que nuestras fuerzas nos permitieran hacer, contando siempre con la ayuda de Dios.

Los desafíos

Teniendo como base esta comunión y mirando con objetividad las situaciones, fuimos identificando algunos desafíos más importantes a afrontar, situaciones ante las que había que tomar decisiones concretas.

Los miembros del Movimiento han ido cumpliendo años y envejeciendo, por lo que existe actualmente un número grande de personas con menos fuerzas físicas, a la vez que hay otros, especialmente focolarinos y focolarinas, que hay que atender.

Al mismo tiempo está la parte joven, compuesta por niños, chicos y jóvenes, nuestros gen, que necesitan ser acompañados por personas que, viviendo ellos en pri-

Unidad y Carismas

mer lugar lo que transmiten, sigan y cuiden su formación. Para esta responsabilidad tan importante era necesario un número considerable de focolarinos y focolarinas bien preparados.

Los focolares se encuentran también en países difíciles, en zonas de diálogo con otras religiones, donde los cristianos son una minoría y la Iglesia pasa dificultades, donde quizá hay sólo un pequeño grupo del Movimiento. La finalidad de la Obra de María es la unidad, el que «*todos sean uno*» (cf. *Jn 17,21*), por lo que para nosotros es prioritario el dialogo con las otras religiones, y vemos, por lo mismo, como algo necesario mantener esos puestos de frontera, aunque tenga que ser con vocaciones que procedan de otros lugares.

Todos para todos

Durante el encuentro, ayudados por las reflexiones de Emmaus, llegamos a ver claramente que Dios se esperaba un gran compromiso por parte de todos los miembros de la Obra de María; no sólo de los focolarinos y focolarinas, sino de todos, incluso del adherente más joven de nuestras comunidades locales.

Vimos claro que lo que se necesitaba era una gran movilización de todos, porque la Obra de María somos todos los que formamos parte de ella. Esto suponía vivir “todos para todos”, con una mirada abierta a las diferentes realidades del Movimiento.

Encarnar ese “todos para todos” exigía por parte de cada uno de los delegados de la Obra un gran desapego de la propia realidad, para poder llegar a cubrir las necesidades más urgentes, para consentir a los focolarinos y focolarinas un estilo de vida más en consonancia con la propia vocación, y para que, dentro del amplio campo de los diálogos, no se acabara dejando de lado otras prioridades a tener en cuenta,

como la formación, los jóvenes y los mismos focolarinos.

Como consecuencia de esto, se llegó a la decisión de unir varias regiones, cerrando diversos focolares, para tener así la posibilidad de dar a otras zonas un determinado número de focolarinos y focolarinas, siendo conscientes de que el “perder” y el “cortar” produce frutos de vida nueva. Esta disponibilidad a lo que pudiera ser el designio de Dios hizo crecer la unidad entre todos, llevó a la liberación de uno mismo y de los propios intereses, y dio como fruto la alegría.

Un intercambio de dones

Al reducir o cerrar focolares se ha podido contar con más focolarinos y focolarinas para cuidar a los enfermos, para seguir a los jóvenes de nuestras ciudadelas, o para ir a reforzar nuestra presencia en países de frontera, como Pakistán, por ejemplo.

Algunas familias, llamadas “familias-focolar”, se han puesto también a disposición para ser enviadas, con sus hijos, a donde la Obra de María juzgase que su presencia podía ser útil.

Las comunidades locales –especialmente las más maduras– están asumiendo cada vez más la responsabilidad del Movimiento allí donde se han cerrado focolares. En otras partes se ha iniciado un proceso de toma de conciencia de la propia misión allí donde se vive, compartiendo responsabilidades en el apostolado y en otras actividades del Movimiento, trabajando codo a codo con los focolarinos y las focolarinas.

Naturalmente toda esta reestructuración, todavía en vías de realización, no se está llevando a cabo sin sufrimiento por parte de las comunidades locales. En algunos lugares ha sido más sencillo, pero en otros ha sido necesario un gran amor a Jesús crucificado y abandonado para estar dispuestos a “ofrecer” el propio focolar.

Comunión y misión en Mongolia

Paco López, i.m.c.

Un país inmenso por evangelizar, las urgencias sociales, ¿por dónde empezar? Un grupo de misioneros y misioneras de la Consolata crea un modelo de misión.

COMO Misioneros de la Consolata, estamos viviendo en Mongolia una experiencia de comunión junto con las Misioneras de la Consolata. Os cuento algo de nuestra historia, en la cual se inserta la realidad de esta misión.

Una raíz común

Los dos institutos nacieron del mismo fundador, G. Allamano, en momentos diversos pero con el mismo espíritu, el mismo carisma y con el fin de trabajar juntos en las misiones. Él subrayaba mucho el hacerlo todo en unidad de propósitos, el espíritu de familia y quería la comunión, tanto dentro de cada uno de los dos institutos como entre los dos institutos. Esta colaboración floreció en todas las misiones donde hemos estado presentes. Pero a lo largo de los cien años de nuestra historia, la comunión decayó en algunos periodos. Mientras en unos lugares se seguía trabajando juntos y en muchos misioneros y misioneras permanecía una estima y

un amor recíproco; por diversos motivos, un instituto o el otro dejó las misiones donde se colaboraba, o bien se abrieron separadamente presencias misioneras en nuevos países.

Este período de distanciamiento de nuestra historia se puede leer bajo diversas ópticas, todas ellas portadoras de verdad. Aunque la división no es buena, creo que Dios ha querido subrayar, sirviéndose incluso de nuestros límites y errores del pasado, algo importante. Había que hacer experiencia de la distinción, para que cada instituto creciera en su propia identidad para poder caminar luego a la par, sin apoyarse el uno en el otro y sin sometimientos. Los dos institutos son autónomos, aunque están llamados a la comunión, que se elige libremente, ya que no puede imponerse o aceptarse con resignación o sumisión.

Ciertamente, el progresivo alejamiento de los dos institutos se ha vivido con sufrimiento por muchos misioneros y misioneras. Pero el trabajo de Dios en ambas partes, así como el amor y el respeto entre muchos mi-

sioneros y misioneras, ha producido en los últimos años un acercamiento entre los dos institutos, comenzando por las dos direcciones generales. Al principio, con encuentros esporádicos, y luego con encuentros más frecuentes. Ahora nos vemos dos veces al año para afrontar aspectos comunes de las misiones que llevamos adelante juntos.

Los consejeros generales de los dos institutos preparan juntos las distintas iniciativas que se desarrollan en los diversos continentes confiados: encuentros de superiores y superiores, “jornadas” de misioneros y misioneras que trabajan en el mismo sector, cursos de formación permanente para los jóvenes religiosos y religiosas, visitas a las misiones donde trabajamos juntos, asambleas continentales en preparación de los dos capítulos, etc. En muchos de estos encuentros, desde hace unos años, participan también los laicos misioneros de la Consolata. Otro fruto: normalmente, los capítulos generales de los dos institutos se tenían en lugares y tiempos diferentes. En cambio, últimamente se realizan en el mismo país y ciudad, con momentos en común. Así se hizo en 2005 y también en mayo de 2011.

Una Iglesia más hermosa

Otra etapa importante de este camino de comunión fue la consulta intercapitular que, en 2008, los dos institutos realizaron con sus respectivos superiores y superiores, para evaluar el camino recorrido y programar los tres años siguientes. Quisimos hacerlo en el mismo período para tener dos días de compartir y reflexionar en común. Algunos de los participantes, viendo que teníamos que transcurrir juntos dos días, decían: «¿Por qué tenemos que hacer esta evaluación juntos? ¿Por qué tenemos que perder todo este tiempo?». Cuando llegamos al final de los dos días, la comunión fraterna y la cordialidad fueron tan fuertes y profundas que esas mismas

personas dijeron: «No sólo podemos, sino que debemos trabajar juntos». «Sólo juntos podemos comprender el carisma del fundador».

Otro momento que dejó una profunda impresión a todos los componentes de las dos direcciones generales fue un curso de formación permanente para 25 jóvenes misioneros y misioneras, preparado y conducido conjuntamente desde el comienzo hasta el final. Estuve con ellos una semana al comienzo y pude constatar la heterogeneidad del grupo, que había previsto las dificultades que surgirían. Un buen número de ellos ya habían manifestado, antes de comenzar, su perplejidad y su descontento por el hecho de realizar juntos el curso, y además con una duración de tres meses. Uno me había dicho. «¿Por qué tenemos que hacerlo juntamente con las religiosas, cuando los demás cursos se hicieron por separado?».

Más tarde, volví hacia el final del curso y me preguntaba: ¿qué habrá sucedido? Cuando llegué, estaban terminando los ejercicios espirituales con un monje, el cual dijo el último día: «Yo os doy las gracias porque nunca había visto dos congregaciones, masculina y femenina, de vuestra edad, con un grupo tan numeroso, queriéndose. Os doy las gracias porque me habéis hecho ver una Iglesia más hermosa». Al día siguiente hicimos la evaluación del curso, y nos esperábamos críticas. En cambio, casi nadie dijo nada negativo, y todos nos agradecieron el estilo propuesto. Alguno decía: «Nosotros, que teníamos prejuicios, ahora estamos convencidísimos de que no sólo se puede, sino que se debe trabajar juntos. Dondequiera que vayamos seremos apóstoles de lo que hemos vivido».

En Mongolia

Uno de los frutos del acercamiento de los dos institutos nació de la pregunta: ¿por qué no abrimos una misión, haciendo juntos todo el camino de visita, discernimiento, preparación y realización? Así nació la ex-

perencia de Mongolia: del deseo de los dos institutos de llevar adelante una misión en comunión, dando todos los pasos juntos. Así escribían las dos direcciones generales hace un tiempo: *«La novedad de esta apertura misionera la daba sobre todo el hecho que se trataba de una misión querida por primera vez y realizada conjuntamente por dos institutos en un proyecto unitario»*.

Llegamos a Mongolia en 2003. Mongolia es un territorio inmenso (cuatro veces España), con casi tres millones de habitantes, la mitad de los cuales vive en la capital, Ulán Bator. El nuncio confió a nuestros dos institutos todo el sur del país, desde la capital hasta China. A otra congregación le había confiado la capital, y a una tercera, la parte norte.

Nuestros misioneros amaron inmediatamente este país, dedicándose al estudio de la lengua, de la cultura y de la historia. Luego, para descubrir dónde nos quería Dios y comprender qué signos maduraban, durante las vacaciones hicieron juntos algunos viajes, comunicándose sus impresiones. Y todo esto sin prisa, sin dejarse coger por la tentación de hacer enseguida algo en la ciudad, entre los muchísimos pobres y los muchos necesitados que encontraban. Ciertos consejos de quien había llegado antes que nosotros iban en esta línea. A sus ojos, parecía que nuestros misioneros y misioneras perdían el tiempo. Nos decían: *«Ya han pasado dos años. ¿Por qué no os movéis?»*. Pero se mantenían firmes y respondían: *«Queremos aprender bien la lengua y comprender dónde nos quiere Dios»*.

Al final de este tiempo de maduración, cuando concluyó el discernimiento, se decidió abrir la misión en el sur, hacia el desierto de Gobi, en la ciudad de Arvayheer. Abierta la misión, todos los pasos, incluso los más pequeños, los dieron juntos: qué automóvil comprar, dónde poner la *gher* (tienda tradicional mongola, de forma circular),

etc. Podéis imaginaros el sufrimiento y la sangre que hay debajo de todo esto, porque no es fácil ponerse de acuerdo, escuchar, perder la propia idea, desapegarse de los propios proyectos. Cada misionero y misionera ha tenido que “purificarse” de algún modo para vivir una “comunión de propósitos” real.

Signos providenciales

Han sido luz y apoyo especial la oración, el diálogo y el discernimiento ininterrumpido entre ellos y las dos direcciones generales. Así comenzaron las actividades con un grupo de mujeres, de niños y de jóvenes, fruto de los encuentros tenidos por alguno o alguna, que se vieron como signos providenciales de la voluntad de Dios: *«Un día –cuenta Jorge– vinieron dos o tres jóvenes a preguntarnos si podían estudiar en nuestra casa, porque en su gher no había espacio ni ambiente para concentrarse. Le dejamos sitio y, cuando se fueron, nos preguntamos qué quería decirnos Dios con esta petición. Dialogando, comprendimos que, cuando fuera posible, teníamos que pensar en un espacio para que estudiaran los jóvenes. Dos años después, este espacio se concretó en una gher»*.

Cuenta sor Juana: *«Vino a verme una mujer. Hablando, resultó que ella sabía coser. Luego, ya en casa, pensando juntos en esta conversación, nos vino la idea: ¿por qué no creamos en una de las gher un espacio para estas mujeres que nos conocen y que son muy pobres, para ayudarlas a aprender a coser y a hacer objetos de artesanía típica que luego puedan vender a los turistas que pasan por aquí camino del desierto de Gobi? Ahora hay unas cuarenta señoras que por turnos se reúnen para trabajar y producir bonitos artículos de tela que gustan mucho y se venden poco a poco»*.

«Estas señoras, algunos hombres, los jóvenes y los niños, vienen todos los días para jugar, estudiar o trabajar. Hace unos años, un domingo –nos dice Lucía– vinieron algunas de estas señoras para trabajar y algunos niños para jugar».

Pero nosotros estábamos a punto de comenzar la celebración de la misa entre nosotros, misioneros y misioneras (en Arvayheer, cuando llegamos no había ningún cristiano). Ellos insistían, y nosotros les dijimos que no se podía en ese momento, explicándoles un poco lo que íbamos a hacer. Un buen número de ellos, señoras y niños, nos preguntaron si podían participar. Nos miramos entre nosotros y dijimos que sí. Fue una celebración bellísima para nosotros y para ellos, a los cuales, en los momentos oportunos, explicábamos brevemente y con sencillez lo que íbamos a hacer. Desde aquel día, cada domingo ha habido una participación regular cada vez más numerosa, con la imposición de manos sobre sus cabezas en vez de la comunión. Luego se inició el precatecumenado, el catecumenado y, en mayo pasado, después de tres años, el día de Pentecostés, celebramos el bautismo de los siete primeros cristianos de Arvayheer. Ahora ha crecido el número de los que participan en el catecumenado».

Un modelo para todos

Vivir la misión en comunión hizo crecer en ellos la exigencia de llevar de un modo nuevo el aspecto económico. Después de un largo período de compartir y discernir, de acuerdo con las dos direcciones generales, se decidió tener una “caja común” para los gastos relativos a la misión y a las actividades conjuntas.

Otro momento fuerte de comunión fue el discernimiento con miras a una nueva apertura en la capital, Ulán Bator, que requirió tiempo para comprender con qué estilo de presencia y actividad había que fundar esta nueva misión. Compartiendo ideas, destacaron dos orientaciones: una de tipo espiritual y otra de tipo pastoral, ambas según las necesidades expresadas por las personas contactadas estos años y por la Iglesia local. Al final, todo el grupo, ayudado por un religioso jesuita en la última etapa del discernimiento, decidió abrir una misión que diera

prioridad a la animación espiritual, aunque ofreciendo actividades pastorales.

En 2009, cuando el superior general de los misioneros y la superiora general de las misioneras, tuvieron que visitar la misión, fue espontáneo el preparar y realizar la visita conjuntamente, acompañados por los respectivos consejeros generales encargados de Asia. Aparte de los coloquios personales y los encuentros por separado con las comunidades del propio instituto, todo lo demás se hizo conjuntamente: las visitas al obispo y a los lugares de la nueva misión, la redacción del mensaje para los misioneros y misioneras de las dos misiones y el mensaje final.

También el comunicado oficial enviado después de la visita fue aprobado por las dos direcciones generales: «*Deseamos dar las gracias, en nombre de nuestros institutos, por lo que sois y hacéis en la joven Iglesia de Mongolia. Es un don particular para nuestras dos familias religiosas. La realidad que vivís es única en nuestros institutos. Mirando la misión en Mongolia, podemos decir que es posible vivir el sueño de nuestro fundador: vivir en unidad de propósitos... Hemos constatado que sois capaces de colaborar entre vosotros, misioneros y misioneras, porque estáis convencidos de que esto es un valor para la misión y porque os queréis. Habéis llevado adelante un diálogo continuo con las dos direcciones generales. Os habéis esforzado por buscar juntos dónde comenzar la misión, siempre en comunión con la Iglesia local, característica constante en nuestro fundador en sus iniciativas y en el desarrollo de los institutos.*

En aquellos días, el prefecto apostólico de Mongolia, que también es religioso, nos dijo: «*Os doy las gracias por vuestra presencia, porque es un testimonio que necesitábamos. Nosotros hemos llegado aquí y hemos hecho muchas cosas, porque había muchas necesidades urgentes. Pero vuestra labor en el discernimiento en comunión ha sido un don inmenso. Habéis sido un modelo para nosotros.*».

Charis, una sociedad de consultoría para carismas

Luigino Bruni

En el 2010 ha nacido una sociedad, promovida por Comunidad Solidaria y Economía de Comunión, con el fin de responder a la exigencia de bastantes órdenes religiosas para encontrar las soluciones más adecuadas en la gestión de las obras nacidas de sus carismas.

LA cuestión de la gestión económica y financiera de las obras religiosas es hoy de gran actualidad por diversas razones, todas ellas importantes. Ante todo se complica cada vez más la legislación fiscal, las normas en materia de seguridad, crecen (o al menos resultan más complejos) los estándares técnicos y las competencias.

En segundo lugar es necesario (y oportuno) implicar a laicos y personas externas al instituto en la dirección concreta de las obras, operación no siempre fácil porque no hay nada más difícil que transmitir el sentido de un carisma a quien no lo ha recibido directamente del Espíritu. En fin, no es sencillo, y en ciertos casos ni siquiera oportuno, transformar a religiosas y religiosos en gestores y manager, ya que cuando son pocas/os, siempre existe la tentación de retirarse de las funciones ordinarias (cursos, clases escolares, etc.), asignarlas a personal contratado, y dar a las (pocas) religiosas/os funciones de responsabilidad.

Estos desafíos, y otros, demandan incluso un nuevo acuerdo o nuevo pacto a varios niveles: entre carismas antiguos y nuevos, entre religiosos y laicos, entre gratuidad y mercado.

La reciente fundación de la sociedad Charis con sede en el Polo Lionello Bonfanti de Loppiano (Florencia), fruto del encuentro entre el mundo de la Economía de Comunión (Movimiento de los Focolares) y diversas asociaciones del Grupo CGM (el mayor consorcio en red de cooperativas sociales en Italia), quiere ser propiamente una contribución para afrontar los desafíos que hoy se presentan, dentro de un nuevo modo de acuerdo.

La ambición de Charis es dar vida a las relaciones con institutos religiosos en un plano de igualdad, de estima, de competencia, desde la base del principio de subsidiaridad, que se traduce en preferir siempre, cuando sea posible, la gestión directa de los religiosos/as en el control externo, e inter-

venir siempre y sólo como “subsidio” de la misión típica del carisma.

Dar importancia a las diferencias

Para comprender el proyecto Charis puede ser útil una premisa de carácter general.

Existe hoy un aspecto especialmente peligroso en la teoría, pero sobre todo en la praxis, de las organizaciones: podríamos llamarlo “reduccionismo” o “isomorfismo” organizativo.

¿De qué se trata? Es la tendencia, muy acentuada sobre todo en ambientes anglosajones, que trata todas las formas organizativas como realidades sustancialmente semejantes si no idénticas. El colegio y el hospital, la multinacional y la empresa cooperativa, una universidad y un equipo de fútbol, todo es calificado como capital u “organización” y, por consiguiente, para entenderlas y para “cuidarse de ellas” hay que utilizar unos métodos que siempre son los mismos.

He conocido consultores que, desde la base de esta teoría organizativa, establecían los mismos e idénticos cursos de teoría de la organización para directores de empresas con ánimo de lucro que para religiosas ecónomas de comunidad. Obviamente, existen muchas cosas en común entre una empresa comercial, una cooperativa y una comunidad religiosa; pero una “buena” teoría organizativa debe concentrarse sobre todo en las pequeñas diferencias que hay entre una organización y otra. Los seres humanos y los chimpancés comparten el 98% del DNA, pero el otro 2% es lo que verdaderamente cuenta si queremos estudiar y entender lenguaje, economía, vida en común, felicidad e infelicidad.

La cultura que hoy domina en el mundo de los consultores y de los expertos de organización está llevando cada vez más a una radical tendencia a la nivelación y a la estandarización de los instrumentos organizativos. Pero si no se da importancia a ese 2%

de diferencia no logramos determinar los elementos decisivos en cada organización, que son la cultura, la identidad, los valores y la misión. La organización de una cooperativa social podrá tener, tal vez, sólo el 2 o el 10% de diferencia respecto a una empresa capitalista, pero, si consultores y directores las tratan del mismo modo y con los mismos instrumentos, actuando así suprimen siglos de historia, de libertad, de civilización y con frecuencia la conducen por senderos insostenibles.

La vida crece y se alimenta gracias a la diversidad: también éste es uno de los grandes mensajes de la biología. La sociedad civil crece bien cuando hace posible la vida en más formas organizativas, respetándolas y favoreciéndolas en sus características y cultura.

La democracia y la libertad económica y social están garantizadas por la pluralidad de las formas organizativas: cuando una economía y una sociedad pierden organizaciones sin ánimo de lucro porque, quizá, se transforman en empresas especulativas o porque cierran a causa de los “malos” consultores y directores, toda la economía y la sociedad se hacen más pobres. Cuando, por el contrario, hay en ellas diversas organizaciones, portadoras de realidades diversas, y entre ellas muchas organizaciones sin ánimo de lucro, el camino es más rico, el ecosistema social pulula de biodiversidad, de variedad cultural y de vida.

Las obras de los institutos religiosos

Cada obra de un instituto religioso es diversa de todas las demás, porque cada una nace de un carisma específico, encarnado en una o más personas, que da a esa experiencia una nota única en el concierto de la vida en común.

Si nos acercamos a una obra de un instituto religioso sin esta dimensión carismática, es decir sin la conciencia y la estima que

en esa escuela u hospital se condensan siglos de vida, de Evangelio, y que tales escuelas u hospitales tienen sentido, y sobre todo tienen futuro, sólo si son capaces de permanecer siendo fieles al DNA del carisma que las inspiró, se pueden cometer graves errores, y a veces determinar la muerte de la obra misma (si no del Instituto, en algunos casos extremos, pero no demasiado raros).

En las obras de los institutos religiosos la dimensión carismática es, al mismo tiempo, su principal punto de fuerza y de debilidad: por una parte, colma esas obras de ideales y de pasiones y por tanto de vida alrededor, de felicidad; por otra parte, esta dimensión carismática hace más difícil el paso generacional, la gestión de los conflictos relacionales y la sustitución de algunas figuras clave de las que depende a menudo la misma supervivencia de la organización en el tiempo.

El arte de la gestión

Una última nota. El arte de la gestión de organizaciones complejas como las carismáticas es un arte fundamental, del cual depende el futuro de los carismas. Si miramos la historia de las comunidades que, habiendo nacido de un carisma, dieron vida a comunidades evangélicas de hermanos y de hermanas, hallamos una nota constante: cuando estas comunidades o movimientos han creado instituciones y obras, la implantación del carisma en las obras ha sido siempre un momento delicado, crucial, decisivo para el desarrollo no sólo de las obras sino de las mismas comunidades.

Con la institucionalización los principios y las prácticas de fraternidad y de igualdad entran sistemáticamente en conflicto con las exigencias de coordinación, de orden y supervisión típicas de la dinámica de las organizaciones, comprendidas las organizaciones carismáticas. Es como si, mirando a la historia de los carismas, cuando se debe dar vida a las

reglas, instituciones y obras, con el tiempo se haya tenido que renunciar al menos en parte a las dimensiones más carismáticas y fraternas del carisma del fundador. Por una parte, de hecho, las reglas y las obras hacen posible la continuación del carisma más allá del mismo fundador; pero, por otra, el crecimiento de estructuras y de obras entra en tensión con el espíritu carismático del que comenzó todo, y del cual todo debe volver a comenzar cada día si se quiere que el carisma esté vivo, y haya nuevas vocaciones auténticas.

Cada obra de un instituto religioso es diversa de todas las demás, porque cada una nace de un carisma específico, encarnado en una o más personas, que da a esa experiencia una nota única en el concierto de la vida en común.

En esta dinámica carisma-obras-instituciones es donde se coloca la apuesta y la *misión* de Charis: con sensibilidad y estima por la dimensión carismática, y con la competencia de la teoría económica y de las técnicas de gestión, puestas al servicio de las obras carismáticas, para buscar juntos soluciones nuevas, adecuadas a los tiempos, que permitan al vino nuevo del carisma hallar odres nuevos aptos para contenerlo, en los desafíos actuales, que no son sólo problemas, sino también oportunidades si sabemos verlos con una mirada justa, y afrontarlos con instrumentos adecuados, desde cualquier punto de vista ¹.

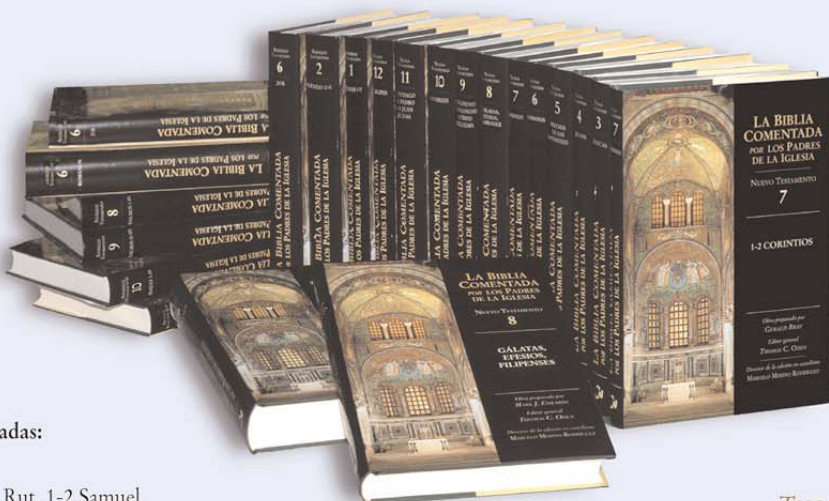
¹ Para profundizar más: L. Bruni – A. Smerilli, *La leggerezza del ferro. Una introduzione alla teoria economica delle arganizzazioni a movente ideale*, Vita e Pensiero, Milano 2011; L. Bruni, *Economia e carismi: un incontro necessario*, en *Unità e Carismi* 5 (2007) 22-28; Id., «No tienen vino». *Una lectura de la relación entre los carismas y sus obras*, en *Unidad y Carismas*, 75, 2010. 34-40. Sobre Charis cf. www.edc-online.org.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30. El amor de Dios Padre.
31. Vivir a Jesús que ora.
32. Propuestas de Pastoral Juvenil.
33. El Este europeo, más allá de las fronteras.
34. Fraternidad.
35. Martirio.
36. El amor sana.
37. Asís: diálogo entre carismas.
38. Esperanzas de inicio de milenio.
39. Habitar en armonía.
40. Evangelizar.
41. Caminar desde Cristo.
42. Fidelidad.
43. La Sabiduría.
44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos?
45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino.
46. El amor une.
47. El Rosario, camino de espiritualidad - I.
48. El Rosario, camino de espiritualidad - II.
49. La experiencia.
50. «Sed santos».
51. Un camino para la unión con Dios.
52. Laicos y religiosos juntos.
53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa.
54. Caminar con Jesús en medio de los suyos.
55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús.
56. Carismas para Europa y para el mundo.
57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada.
58. Jesús abandonado y la vida.
59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad.
60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso.
61. Vivir la palabra.
62. La educación a la espiritualidad de comunión.
63. Sentir a Dios.
64. Mi noche no tiene oscuridad.
65. Carismas para la ciudad.
66. Misioneros: Evangelio y Cultura.
67. ¿Quién construye la ciudad?
68. Para ser la palabra viva'
69. Caminando con san Pablo.
70. Chiara Lubich y los carismas.
71. Siguiendo los pasos de María.
72. El Dios de Jesús, no otro.
73. Un sacerdocio para todos.
74. Transmitir el carisma.
75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión.
76. En la tierra como en el cielo.
77. «Interioridad dilatada».

Los números atrasados se pueden adquirir al precio de 2 € ejemplar.

LA BIBLIA COMENTADA POR LOS PADRES DE LA IGLESIA



Obras publicadas:

Apocalipsis
Josué, Jueces, Rut, 1-2 Samuel
Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares
Isaías 1-39
Los doce profetas
Santiago, 1-2 Pedro, 1-3 Juan, Judas
Evangelio según san Marcos
Génesis 1-11
Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio
Evangelio según san Mateo 1-13
Romanos
1-2 Corintios
Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, 1-2 Timoteo, Tito, Filemón
Génesis 12-50
Evangelio según san Mateo 14-28
Evangelio según san Lucas
Gálatas, Efesios, Filipenses
Job

Precio de cada volumen 35€

Editor general

THOMAS C. ODEN

Director de la edición en castellano
MARCELO MERINO RODRIGUEZ

La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia es una colección que abarca todo el canon de las Escrituras y ofrece a los lectores la oportunidad de acceder a los principales escritos de los Padres de la Iglesia. Siguiendo los libros de la Biblia, cada comentario presta su voz a esas grandes figuras que, durante los siglos de formación de la Iglesia, estudiaron y amaron la Palabra de Dios.

Último volumen publicado

Job

próximo volumen en preparación

Hechos de los apóstoles


Ciudad Nueva

Adquiéralos en su librería,
en nuestra página web **www.ciudadnueva.com**
o llamando al teléfono **91 725 95 30**